

**Yasunari Kawabata**

# Mil grullas

Traducción de María Martoccia

emecé lingua  
franca

Kawabata, Yasunari  
Mil grullas.- 1ª ed. - Buenos Aires : Emecé, 2003.  
144 p.; 22x14 cm. - (Lingua franca)

Traducción de: María Martoccia

ISBN 950-04-2519-X

1. Literatura Japonesa I. Título  
CDD 895.6

Diseño de cubierta: Mario Blanco

Emecé Editores S.A.  
Independencia 1668, C 1100 ABQ, **Buenos Aires, Argentina\***

Título original: *Sembazuru*  
Título de la traducción al inglés: *Thousand Cranes*

Traducción del inglés: *María Martoccia*

© 1935-47, *The Heirs of Yasunari Kawabata* ©  
2003, *Emecé Editores S.A.*

1ª edición: 4.000 ejemplares  
Impreso en Talleres Gráficos Leograf S.R.L.,  
Rucci 408, Valentín Alsina,  
en el mes de noviembre de 2003.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA  
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 ISBN: 950-04-2519-X

## *Mil grullas: la ceremonia del té y sus tazones fantasma*

*Por Amalia Sato*

Figura emblemática, miembro de la Escuela de las Nuevas Sensibilidades (*Shinkankaku School*), guionista de un clásico del cine experimental de 1926 (*Una página de locura*, dirigida por Kinugasa Teinosuke), Kawabata Yasunari desde muy joven se instala activamente en el medio artístico. Su vida se había iniciado con una presencia de muerte que sólo "el inútil esfuerzo", sobre el que permanentemente vuelve, podía mitigar en parte: inútil esfuerzo por acceder a la belleza, a los conocimientos de un Occidente trasvasado, inútil esfuerzo de la escritura. Perseguido por las pérdidas, la de su padre cuando era una criatura de dieciocho meses, su madre un año más tarde, su nodriza a los seis, su hermana a los diez, a los catorce su último familiar, el abuelo, en esa sucesión leyeron los estudiosos japoneses una "disposición de huérfano", que sólo encontró refugio en un mundo literario.

En una conferencia que dictó en Hawaii en 1969, titulada "La existencia y el descubrimiento de la belleza", Kawabata cuenta cómo sentado en un lujoso hotel, tiene una mañana la visión de mesas dispuestas en

una terraza, con cientos de vasos colocados boca abajo brillando como diamantes bajo el sol tropical. Algo que nunca había visto y que lo deleita. Sentencia entonces que la literatura no hace sino registrar tales encuentros con la belleza.

Para Kawabata, los mejores calificados para descubrir la pura belleza son los niños pequeños, las mujeres jóvenes y los hombres moribundos. Así, las mejores sorpresas de estilo las deparan los textos escolares; así, toda su obra refleja su fascinación con un tipo de inmaculada mujer idealizada. Y por eso su ensayo clave se titula "Los ojos de un hombre moribundo".

La trama de *Mil grullas (Sembazuru)* gira alrededor de uno de los ritos consagrados de la cultura japonesa, la ceremonia del té, encuentro que desde el siglo xm pacificaba a los guerreros. Para imaginar las escenas con los objetos apropiados se justificaría la consulta a una enciclopedia de arte: las grullas del pañuelo son un auspicioso símbolo de longevidad; los tazones ceremoniales de cerámicas renombradas: el Oribe oscuro con toques de blanco y diseño de heléchos de la primera ceremonia; la jarra Shino de esmalte blanco y tenue rojo para la ofrenda floral fúnebre; el par de Raku, negro y rojo —tazones hombre/esposa; el terrible Shino cilíndrico con la huella imborrable de un lápiz de labios— que será lanzado en una suerte de exorcismo pero cuyos pedazos habrá que enterrar con respeto; el Karatsu verduzco con toques de azafrán y carmesí, de i asimétrica factura coreana que conformará con el anterior otra bella pareja de objetos-fantasma. Las acuarelas de Sotatsu y las caligrafías del poeta Muneyukj

Sato

*El*

Kiiiii

*ikuji'^nch,*

>  
a is

■y  
an  
.de  
in-  
jlicó  
ude  
l

**Pu<sub>e</sub>SI**

*bata*

os

**;s, con el**

'sos

*l'gino,*

rece y Kikuji sospecha que se ha suicidado igual que su madre, la señora Ota.

La práctica novelística de Kawabata no coincide con sus teorizaciones sobre la estructura en tres pasos. Sus novelas podrían terminar en cualquier punto y se diría que nunca hay un final. Se percibe un crecimiento sin un plan preconcebido, influido por la técnica del *fluir* de la conciencia que admiraba en la narrativa de Joyce y Proust, y la tradición japonesa de una continuidad por adición, como en el *Cenji* o *El libro de la almohada*. No hacía caso del concepto de argumento, una superstición heredada de la aplicación de conceptos dramáticos, que no aplicaba a sus novelas, que se iban conformando, como las redacciones infantiles, con oraciones impredecibles, libres, iluminadas. Kawabata, que dejó muchísimos escritos inconclusos, también solía practicar otro curioso ejercicio: reducía los textos extensos a lo que llamaba "relatos del tamaño de la palma de una mano", operación en la que lo consideraban maestro.

Al recibir en 1968 el Premio Nobel, para el que mucho colaboraron las espléndidas traducciones al inglés de Edward Seidensticker, Kawabata invocó el bello Japón, el Japón estético que desde el siglo xix intriga a Occidente. Un Japón tradicional, "que se ha ido", pero que él encontraba en espacios naturales alejados de lo urbano o en los lugares donde se cumplían los viejos ritos: "el otro mundo" ajeno a la cotidianeidad, donde hay una regresión a lo maternal al dejarse dominar el hombre por el sentimiento de *amae* (tomar provecho de la benignidad de otro, mostrarse como un niño con-

sentido). Aquí, la casita del jardín, donde se practica la ceremonia del té, espacio preservado donde los tazones se cargan de una emotividad que desafía el tiempo y en el cual el rito convoca a un eros que se vierte en cada gesto, contaminando a sucesivas generaciones de amantes. Pero la experiencia espiritual y estética se convierte, en manos de Chikako, en un ejercicio de la perversión, en un momento de gran tensión, en una exhibición de poder, como en el siglo xvii lo hacía Toyotomi Hideyoshi, el jefe militar, al desplegar los objetos ceremoniales de sus predecesores.

Como esas "islas en un mar distante" que le atraían, trabaja Kawabata su estilo elusivo tan influido por su clásico favorito, el *Romance de Genji*. Para percibirlo en bruma hay que sostener la ilusión de una lengua donde hay un modo para los hombres y otro para las mujeres, con una entonación, desinencias verbales y vocabularios diversos, donde los adjetivos declinan con indicaciones temporales, donde hay infinidad de recursos para expresar la duda, la suposición, lo incompleto. El primer episodio de *Mil grullas se publicó* en 1949; en 1951 la da por terminada. En un haiku del mes de enero de 1953, prometía:

*En el cielo de Año Nuevo  
mil grullas vuelan o así  
me parece.*

Pero la breve historia que inicia entonces, **con** el mismo protagonista, queda inconclusa. ■

## Mil grullas



Aun cuando había alcanzado a llegar a Kamakura y al Templo Engakuji, Kikuji no sabía si acudiría a la ceremonia del té. Ya llegaba tarde.

Siempre que Kurimoto Chikako oficiaba la ceremonia del té en la morada interior del Engajuki, él recibía una nota. Sin embargo, no había asistido ni siquiera una vez desde la muerte de su padre. Consideraba las notas tan sólo gestos formales en memoria de su padre.

Esta vez había una posdata: ella quería que él conociera a una joven a quien le estaba dando clases para la ceremonia del té.

Mientras leía, Kikuji pensó en la mancha de nacimiento de Chikako.

¿Tenía ocho, quizá, nueve años? Su padre lo había llevado a visitar a Chikako y la habían encontrado en



la sala del desayuno. Tenía el kimono abierto. Estaba cortándose el pelo de la mancha con un pequeño par de tijeras. La mancha, grande como la palma de una mano, le cubría la mitad del pecho izquierdo y se desplazaba por el hueco entre ambos pechos. Parecía estar creciendo pelo sobre la mancha negro-morada, y Chikako estaba en el proceso de cortarlo.

—¿Trajiste al muchacho contigo?

Sorprendida, se acomodó el cuello del kimono. Luego, quizá porque apresurarse sólo había complicado sus esfuerzos por cubrirse, se volvió ligeramente y, con cuidado, metió el kimono dentro del obi.

Su sorpresa debió de haber sido causada menos por la aparición del padre de Kikuji que por Kikuji. Puesto que una doncella los había recibido en la puerta, Chikako debía saber, por lo menos, que el padre de Kikuji había llegado.

El padre de Kikuji no entró en la sala del desayuno. En cambio, se sentó en la habitación contigua, la habitación donde Chikako daba sus lecciones.

—¿Podría tomar una taza de té? —preguntó el padre de Kikuji de manera ausente. Miró la lámpara del nicho.

En el periódico que estaba sobre su rodilla, Kikuji había visto pelos que eran como los de una barba.

Aunque había plena luz de día, las ratas correteaban por el espacio vacío del cielo raso. Había un duraznero en flor junto a la veranda.

Cuando al fin ocupó su lugar junto al brasero del té, Chikako parecía preocupada.

Unos diez días después, Kikuji había oído a su ma-

dre decirle al padre, como si fuera un secreto extraordinario, que él no podía desconocer que Chikako no se había casado a causa de la mancha de nacimiento. Había compasión en los ojos de su madre.

—¿Ah sí? —el padre de Kikuji cabeceó, aparentemente sorprendido—. Pero no importaría si su esposo lo viese, ¿verdad? En especial, si sabía de su existencia antes de casarse...

—Eso es exactamente lo que le dije. Pero, después de todo, una mujer es una mujer. No creo que yo hubiera sido capaz de decirle a un hombre que tenía una mancha enorme en mi pecho.

—Pero ya no es joven.

—Aun así, no sería fácil. Es probable que un hombre con una mancha pueda casarse y simplemente reírse cuando se lo descubren.

—¿Tú has visto esa mancha?

—No seas tonto. Claro que no.

—¿Sólo hablaron de él? < - . r - ¿

—Ella vino para mi lección y hablamos de toda clase de cosas. Supongo que sintió deseos de confesarse.

El padre de Kikuji permanecía en silencio.

—Imagina que ella estuviera por casarse. ¿Qué pensaría el hombre?

—Casi seguro sentiría rechazo. Pero puede que encontrara algo atractivo en él, al tenerlo como algo secreto. Por otra parte, el defecto puede realzar aspectos interesantes. De todas formas, no es un problema del cual valga la pena hablar.

—Le dije que no era un problema en absoluto. "Pero está sobre el pecho", dijo ella.

—¿Ahsí?

—Lo más difícil sería tener un niño que amamantar. El esposo podría tolerarlo, pero el niño...

—¿La mancha impediría que saliera la leche?

—No es eso. No, el problema sería tener al niño mirando la mancha mientras lo amamanta. Mis consideraciones no habían llegado a tanto, pero una persona que en realidad tiene una mancha piensa en esas cosas. Desde el día de su nacimiento se alimentaría allí y, desde el día que comenzara a ver, vería esa horrible mancha en el pecho de su madre. Su primera impresión del mundo, la primera impresión de su madre, sería esa horrible mancha, y allí quedaría esa impresión, a lo largo de toda la vida del niño.

—Ah, pero, ¿no es eso inventarse preocupaciones?

—Uno podría alimentarlo con leche de vaca, supongo, o contratar a una nodriza.

—Para mí lo importante es si hay leche o no, no si hay una mancha o no.

—Me temo que no. Yo en verdad sollocé cuando lo escuché. No quisiera que nuestro hijo se amamantara de un pecho con una mancha de nacimiento.

—¿Ah sí?

Ante esta muestra de ingenuidad, una oleada de indignación había embargado a Kikuji, una oleada de resentimiento hacia su padre, quien podía pasarlo por alto, aunque también él había visto la mancha.

Ahora, sin embargo, casi veinte años más tarde, Kikuji podía sonreír ante el recuerdo de la confusión de su padre.

Desde la época en que tenía diez años, más o me-

nos, pensaba a menudo en las palabra^ de su madre y se sobresaltaba incómodo ante la idea d\_e un medio hermano o media hermana que mamara en la mancha.

No era el simple temor a tener un hermano o hermana lejos del hogar, un extraño para él. Era más bien el temor de ese hermano o hermana en particular. Kikuji estaba obsesionado con la idea de que un niño que mamara de ese pecho, con la mancha d\_e nacimiento y los pelos, sería un monstruo.

Aparentemente, Chikako no había tenido hijos. Uno podía, si lo deseaba, sospechar que su padre no se lo había permitido. La asociación entre la mancha y un bebé que habría entristecido a la madre podría haber sido el ardid de su padre para convencer a Chikako de que ella no quería niños. En todo caso, Chikako no tuvo ninguno, ya fuera cuando su padre vivía o después de su muerte.

Quizá Chikako había realizado su confesión poco tiempo después de que Kikuji viera la mancha, porque temía que Kikuji hablara del asunto.

Chikako no se había casado. Entonces, ¿la mancha había regido toda su vida?

Kikuji nunca se olvidó de la mancha. A veces incluso podía imaginar que sus destinos estaban enmarañados en ella.

Cuando recibió la nota que le avisaba que ella se proponía realizar la ceremonia del té como excusa para presentarle a una joven, la mancha flotó ante él una vez más y, puesto que la presentación l\_a realizaría Chikako, se preguntó si la joven tendría l\_a piel perfecta, una piel libre de la más leve marca.

¿Había su padre ocasionalmente apretado la mancha con los dedos? ¿La había mordido incluso? Tales eran las fantasías de Kikuji.

Aun ahora, mientras caminaba por los jardines del templo y escuchaba el gorjeo de los pájaros, éstas eran las fantasías que le venían a la mente.

Unos dos o tres años después del incidente, por alguna razón Chikako se había vuelto masculina en sus modales. Ahora era bastante asexual.

En la ceremonia de hoy, ella trajinaría de un lado a otro con energía. Quizás el pecho con la mancha se había marchitado. Kikuji sintió que una sonrisa de alivio afloraba a sus labios. Justo entonces, dos mujeres jóvenes se apresuraron detrás de él.

Se detuvo para dejarlas pasar. >>

—¿Saben ustedes si la casa que ocupa la señorita Kurimoto queda en esta dirección? <

—Sí, así es —respondieron al unísono.

Kikuji ya lo sabía y era evidente, por la vestimenta, que se dirigían a una ceremonia del té. Había preguntado porque quería dejar en claro para sí mismo que asistiría.

Una de las muchachas era hermosa. Llevaba un bulo envuelto en un pañuelo con un diseño blanco de mil grullas sobre un fondo rosado de crespón. ..

Cuando Kikuji llegó, las dos muchachas se estaban cambiando los tabi<sup>1</sup>.

Miró el cuarto desde detrás de ellas. La habitación principal era grande, unas ocho esterillas de extensión.

Aun así, los invitados presentaban una sólida hilera de rodillas. Parecía haber sólo mujeres, mujeres en brillantes kimonos.

Chikako lo vio de inmediato. Como si estuviera sorprendida, se puso de pie para saludarlo.

—Entra, entra. ¡Qué fortuna! Por favor, estará bien entrar desde allí —señaló la puerta corrediza en el extremo superior de la habitación, antes del nicho.

Kikuji se ruborizó. Sintió los ojos de todas las mujeres.

—Sólo mujeres.

—Más temprano estuvo un caballero, pero se marchó. Tú eres el único rayo de sol fulgurante.

—Apenas fulgurante, diría.

—Oh, no te preocupes, reúnes todos los requisitos. El único rayo escarlata.

Kikuji agitó la mano para indicar que prefería una puerta menos llamativa.

La joven envolvía las medias usadas en el pañuelo con las mil grullas. Se hizo a un lado para dejarlo pasar.

La antesala estaba abarrotada con cajas de dulces,

<sup>1</sup> Tabi: Medias cortas. - :- •' , , ,s ■

utensilios para el té que había traído Chikako y bultos que pertenecían a los invitados. En un rincón alejado, una mucama lavaba algo.

Chikako entró.

—Bueno, ¿qué piensas de ella? Una muchacha bonita, ¿no?

—¿La que tiene el pañuelo con las mil grullas?

—¿Pañuelo? ¿Qué puedo saber yo sobre pañuelos? La que estaba aquí, la bonita. Es la joven Inamura.

Kikuji asintió vagamente.

—Pañuelo. En qué cosas extrañas te fijas. Uno tiene que tener muchísimo cuidado. Pensé que habían llegado juntos. Me sentí encantada.

—¿De qué hablas?

—Se encontraron en el camino. Es una señal de unión entre ustedes. Y tu padre conocía al señor Inamura.

-¿Sí?

—La familia tenía un negocio de seda en Yokohama. Ella no sabe nada sobre lo planeado para hoy. Puedes examinarla a gusto.

La voz de Chikako no era suave y Kikuji se sentía angustiado por temor a que la oyeran a través de la puerta con paneles de papel que los separaba del grupo principal. De pronto, ella acercó su rostro al de él.

—Pero existe una complicación —bajó la voz—. La señora Ota está aquí, y su hija con ella —estudió la expresión de Kikuji—. Yo no la invité, pero la norma es que cualquiera que se halle en el vecindario puede venir. El otro día incluso recibí a unos norteamericanos.

Lo siento pero, ¿qué puedo hacer si ella huele un romance? Por supuesto, no sabe nada de ti y la muchacha Inamura.

—¿Con respecto a mí y la muchacha Inamura? Pero yo...

Kikuji quería decir que no había venido preparado para un *mi'ai*, un encuentro cuyo propósito anunciado era considerar una posible boda. Por alguna razón las palabras no salían de su boca. Sintió los músculos de la garganta ponerse rígidos.

—Pero la señora Ota es quien debería sentirse incómoda. Tú puedes simular que nada anda mal.

La manera en que Chikako desechaba el asunto lo fastidió.

Si bien la intimidad con su padre había tenido corta duración, durante el resto de la vida de su padre, Chikako había sido de utilidad en la casa. Ella había asistido para ayudar en la cocina cuando se realizaba una ceremonia del té e incluso cuando esperaban a invitados corrientes.

La idea de que la madre de Kikuji comenzara a sentir celos de la asexuada Chikako parecía algo divertido, merecedora sólo de una risa irónica. No había dudas de que su madre sabía que el padre había visto la mancha, pero la tormenta ya había pasado y Chikako, como si ella también lo hubiera olvidado, se convirtió en la acompañante de su madre.

Con el correr del tiempo, Kikuji también llegó a tratarla con naturalidad. A medida que dirigía sus caprichos infantiles hacia ella, la asfixiante repugnancia de su niñez pareció desvanecerse.



Era quizás una vida apropiada para Chikako haber permanecido en lo asexuado y haberse convertido en un elemento útil.

Con la familia de Kikuji como su base, tenía un modesto éxito siendo instructora en la ceremonia del té.

Kikuji incluso sintió una leve compasión por ella cuando, con la muerte de su padre, se le ocurrió que Chikako había reprimido a la mujer dentro de ella después de ese romance breve y fugaz.

La hostilidad de la madre de Kikuji, por otra parte, estaba refrenada por la cuestión de la señora Ota.

Después de la muerte de Ota, que había sido su compañero en la actividad referida al té, el padre de Kikuji se había encargado de disponer de los utensilios de té de Ota y, de esta manera, se había acercado a la viuda.

Chikako se apresuró a informarle a la madre de Kikuji.

Chikako, por supuesto, se convirtió en la aliada de su madre. Una aliada por cierto demasiado empeñosa. Acechaba al padre y con frecuencia amenazaba a la señora Ota. Sus latentes celos personales parecieron estallar.

La introspectiva y tranquila madre de Kikuji, desconcertada por esa fogosa intervención, se preocupó por aquello que la gente pudiera pensar.

Aun delante de Kikuji, Chikako regañaba con vehemencia a la señora Ota y, cuando su madre daba señales de desagrado, Chikako decía que a Kikuji no le haría daño escuchar.

—Y la vez anterior también, cuando fui para poner las cosas en claro, allí estaba la niña, escuchándolo todo. Imagínese, ¿no es cierto que oí de repente un lloriqueo en la habitación contigua?

—¿Una niña? —La madre de Kikuji frunció el ceño.

—Sí. Once años, creo que dijo la señora Ota. Realmente, algo no funciona bien con esa mujer. Yo pensé que regañaría a la niña por estar escuchando a escondidas y lo que hizo fue levantarse y traerla y sentarse abrazándola, bien frente a mí. Supongo que necesitaba una actriz que la acompañara con los sollozos.

—Pero, ¿no crees que es un poco triste para la niña?

—Es por eso que deberíamos utilizar a la niña para vengarnos de ella. La niña sabe todo. Aunque debo decir que es una niña bonita. Un pequeño rostro redondo. —Chikako miró a Kikuji. —Y si organizamos para que Kikuji hable con su padre...

—Intenta no derramar demasiado el veneno, si no te importa. —Hasta la madre de Kikuji tuvo que protestar.

—Tú mantienes el condenado veneno dentro de ti, ése es el problema. Recóbrate, lárgalo de una vez. Mira lo delgada que estás, y ella toda regordeta y resplandeciente. Hay algo en ella que realmente no funciona: cree que si solloza de manera suficientemente patética, todo el mundo comprenderá. Y allí mismo, en la habitación en la que ella recibe al señor Mitani, tu marido, tiene en exhibición un cuadro de su propio marido. Me sorprende que el señor Mitani no le haya hablado del asunto.

Y, después de la muerte del padre de Kikuji, la mis-

ma señora Ota apareció en la ceremonia del té de Chikako e incluso con su hija.

Kikuji tuvo la sensación de que algo frío lo tocaba.

Chikako dijo que no había invitado a la señora Ota ese día. Aun así era asombroso: las dos mujeres se habían estado viendo desde la muerte de su padre. Quizás inclusive la hija estuviera recibiendo lecciones para la ceremonia del té.

—Si te molesta, puedo pedirle que se marche. —Chikako lo miró a los ojos.

—Para mí, es lo mismo. Por supuesto, si ella quiere marcharse...

—Si fuera una persona que tomara en cuenta ese tipo de cosas, no les hubiera causado tanta infelicidad a tu padre y a tu madre.

—¿La hija está con ella? —Kikuji nunca había visto a la hija.

Le parecía mal conocer a la muchacha de las mil grullas antes que a la señora Ota. Y sentía aun más rechazo ante la idea de conocer a la hija ese día.

Pero la voz de Chikako le rasgó los oídos y crispó sus nervios.

—Bueno, sabrá que estoy aquí. No puedo huir ahora. —Se puso de pie.

Él entró por la puerta junto al nicho y ocupó un lugar en el extremo superior de la habitación.

Chikako lo siguió muy de cerca.

—Él es el señor Mitani. El hijo del anciano señor Mitani. —Su tono de voz era formal en extremo.

Kikuji hizo una reverencia y, mientras levantaba la cabeza, tuvo una clara visión de la hija. Algo turbado, en

un principio no había distinguido a una dama de la otra en medio de la brillante correntada de kimonos. Ahora veía que la señora Ota estaba justo frente a él.

—Kikuji —era la señora Ota. Su voz, que se podía oír en toda la habitación, era francamente cariñosa. —Hace tanto tiempo que no te escribo. Y hace tanto tiempo que no te veo. —Le dio un tirón a la manga de su hija, instándola a que se apresurara con los saludos. La hija se ruborizó y miró el piso.

Para Kikuji esto era, por cierto, extraño. No podía detectar la más leve sugerencia de hostilidad en el comportamiento de la señora Ota. Ella parecía totalmente cordial, tierna, rendida de placer ante el inesperado encuentro. Uno sólo podía concluir que desconocía por completo su lugar en la reunión.

La hija se sentó ceremoniosamente, con la cabeza inclinada.

Al fin, al percibirlo, la señora Ota también se ruborizó. Sin embargo, continuó mirando a Kikuji como si quisiera correr a su lado o como si hubiera cosas que debía decirle.

—Entonces, estás estudiando para la ceremonia del té, ¿no?

—No sé nada en absoluto al respecto.

—¿De verdad? Pero lo llevas en la sangre. —Las emociones que sentía parecían ser demasiado para ella. Tenía los ojos húmedos.

Kikuji no la veía desde el funeral de su padre. Apenas había cambiado en esos cuatro años.

El cuello blanco, un poco largo, era como siempre había sido, y los hombros regordetes combinaban de

una manera extraña con el cuello esbelto: tenía una figura joven para sus años. La boca y la nariz eran pequeñas en proporción a los ojos. La pequeña nariz, si uno se molestaba en observar, estaba modelada con nitidez y era sumamente atractiva. Cuando hablaba, su labio superior sobresalía un poco hacia adelante, como si estuviera haciendo pucheros.

La hija había heredado el cuello largo y los hombros regordetes. Sin embargo, su boca era más grande y la mantenía apretadamente cerrada. Había algo casi divertido en los delgados labios de la madre junto a los de su hija.

La tristeza empañaba los ojos de la muchacha, más oscuros que los de la madre.

Chikako removió las brasas del brasero.

—Señorita Inamura, haga té para el señor Mitani. No creo que le haya tocado todavía.

La muchacha de las mil grullas se puso de pie.

Kikuji la había observado junto a la señora Ota. Sin embargo, había evitado mirarla una vez que vio a la señora Ota y a su hija.

Chikako, por supuesto, estaba exhibiendo a la muchacha para que él la inspeccionara.

Una vez que ocupó su lugar junto al brasero, se volvió a Chikako.

—¿Qué tazón usaré?

—Déjame ver. El Oribe<sup>2</sup> sería apropiado —respondió Chikako—. Perteneció al padre del señor Mitani. Le tenía mucho cariño y me lo regaló.

■, «< ?f'' »» - 1 \*

9|\* <sup>2</sup> Oribe: Porcelana Seto del siglo xvi. u ■ S ■. t > b ' »w<sup>w</sup>

Kikuji recordó el tazón de té que Chikako había colocado frente a la muchacha. En verdad había pertenecido a su padre, y su padre lo había recibido de la señora Ota.

¿Y qué respecto de la señora Ota, que en la ceremonia de hoy veía un tazón que había sido atesorado por su difunto esposo y había pasado del padre de Kikuji a Chikako?

Kikuji se sentía consternado ante la falta de tacto de Chikako.

Pero uno no podía evitar concluir que también la señora Ota había mostrado cierta falta de tacto.

Aquí, preparando té para él, claramente al margen de las enconadas historias de las mujeres de edad madura, la joven Inamura le pareció hermosa.

### 3

Sin conciencia de que estaba en exhibición, ejecutó la ceremonia sin vacilar y ella misma colocó el té delante de Kikuji.

Después de beber, Kikuji miró el tazón. Era un Oribe negro, salpicado de blanco en un costado y decorado allí también de negro, con unos brotes de helécho en forma de gancho.

—Debes recordarlo —dijo Chikako del otro lado de la habitación.

Kikuji respondió de manera evasiva y bajó el tazón.

—El diseño da la sensación de las montañas en él —dijo Chikako—. Uno de los mejores tazones que conozco para comienzos de la primavera. Tu padre lo utilizaba con frecuencia. Estamos un poco fuera de estación, pero entonces pensé que para Kikuji...

—Pero, ¿qué diferencia hace que mi padre lo haya tenido durante un tiempo? Después de todo, tiene cuatrocientos años. Su historia se remonta a Momoyama y al mismo Rikyu<sup>3</sup>. Lo han cuidado maestros del té y ha ido pasando a través de los siglos. Mi padre no es tan importante. —Así Kikuji intentó olvidar las asociaciones que el tazón evocaba.

Había pasado de Ota a su esposa, de la esposa al padre de Kikuji, del padre de Kikuji a Chikako. Los dos hombres, Ota y el padre de Kikuji, estaban muertos, y aquí estaban las dos mujeres. Había algo casi fantasmagórico en la historia del tazón.

Aquí, otra vez, la viuda de Ota y la hija, y Chikako y la joven Inamura y otras muchachas también, tomaban el viejo tazón de té entre sus manos y se lo llevaban a los labios.

—¿Podría también yo beber té del Oribe? —preguntó de repente la señora Ota—. Me diste uno diferente la última vez.

Kikuji se sobresaltó de nuevo. ¿La mujer era tonta o desvergonzada?

Se sintió inundado de compasión por la hija, toda vía sentada con la cabeza baja.                    ¡<

<sup>3</sup> Sen Rikyu (1521-91), uno de los primeros maestros de la ceremonia del té.                    !                    I                    ♪"

La joven Inamura realizó la ceremonia una vez más para la señora Ota. Todos la observaban. Ella probablemente no conocía la historia del Oribe negro. Realizó los ensayados movimientos.

Fue un desempeño directo, desprovisto por entero de singularidades personales. Su porte, desde los hombros hasta las rodillas, sugería buenos modales y refinamiento.

La sombra de las hojas jóvenes caía sobre la puerta de papel. Uno percibía el suave reflejo que emanaba de los hombros y de las largas mangas del alegre kimono. El cabello parecía luminoso.

La luz era en verdad demasiado brillante para una casa de té, pero hacía resplandecer la juventud de la muchacha. La servilleta de té, a tono con la muchacha, era roja e impresionaba menos por su suavidad que por su lozanía, como si de la mano de la muchacha floreciera una flor roja.

Y uno veía mil grullas, pequeñas y blancas, comenzando a volar a su alrededor.

La señora Ota tomó el Oribe negro en la palma de su mano.

—El té verde contra el negro, como las señales del verde a comienzos de la primavera.

Pero ni siquiera entonces mencionó que el tazón había pertenecido a su esposo.

Después, hubo una inspección mecánica de los utensilios de té. Las muchachas sabían poco sobre ellos y la mayoría estuvo satisfecha con la explicación de Chikako.

La jarra para el agua y el medidor de té habían per-



tenecido al padre de Kikuji. Ni él ni Chikako mencionaron el hecho.

Mientras Kikuji observaba a las muchachas marcharse, la señora Ota se le acercó.

—Temo haber sido muy descortés. Debo de haberte fastidiado, pero cuando te vi me pareció que los viejos tiempos eran lo más importante...

-¿Sí?

—Pero mira el caballero en que te has convertido. —Parecía como si fuera a llorar. —Oh, sí. Tu madre. Tuve intenciones de asistir al funeral y, luego, por alguna razón, no pude.

Kikuji se sentía incómodo.

—Tu padre y luego tu madre. Debes de estar muy solo.

—Sí, quizá lo estoy.

—¿No te marchas todavía?

—Bueno, en realidad...

—Hay tantas cosas sobre las cuales alguna vez deberíamos hablar.

—Kikuji —llamó Chikako desde la habitación contigua.

La señora Ota se puso de pie con pesar. Su hija se había ido y estaba esperando en el jardín.

Las dos se marcharon después de haberse despedido de Kikuji con una leve inclinación de la cabeza. Había un aire de súplica en los ojos de la muchacha.

Chikako, con una doncella y dos o tres de sus discípulas preferidas, estaba limpiando la otra habitación.

—¿Y qué tenía para decir la señora Ota?

—Nada en particular. Nada en absoluto. /s.i » <■.,.

—Debes tener cuidado con ella. Tan dócil y suave, siempre se las ingenia para parecer como si no pudiera hacer el menor daño. Pero uno nunca puede saber lo que está pensando.

—Supongo que viene a menudo a tus celebraciones, ¿no? —preguntó Kikuji con un toque de sarcasmo—. ¿Cuándo comenzó?

Para escapar del veneno de Chikako, se encaminó hacia el jardín. i.f/ ,\* .,,

Chikako lo siguió.

—¿Te gusta ella? Una muchacha bonita, ¿no crees?

—Una muchacha muy bonita. Y hubiera parecido más bonita si la hubiera conocido sin todos ustedes revoloteando alrededor, tú y la señora Ota y el fantasma de mi padre.

—¿Por qué debería molestarte eso? La señora Ota nada tiene que ver con la joven Inamura.

—Es sólo que no me pareció apropiado para la muchacha.

—¿Por qué? Si te molestó que la señora Ota haya estado aquí, me disculpo, pero debes recordar que yo no la invité. Y debes pensar en la joven Inamura por separado.

—Temo que debo marcharme —se detuvo. Si salía caminando con Chikako, no había forma de saber cuándo ella lo dejaría.

Solo otra vez, notó que las azaleas de la ladera de la montaña tenían pimpollos. Lanzó un profundo suspiro.

Estaba disgustado consigo mismo por haberse dejado seducir por la nota de Chikako; pero la imagen de

la muchacha con el pañuelo de las mil grullas se imponía, lozana y nítida.

Quizás era por ella que la reunión con dos de las mujeres de su padre no lo había contrariado aún más.

Las dos mujeres todavía hablaban de su padre, y su madre estaba muerta. Sintió una oleada de algo parecido al enojo. Volvió a recordar la horrible mancha.

Una brisa vespertina hacía crujir las hojas nuevas. Kikuji caminaba lentamente, sombrero en mano.

Desde lejos vio a la señora Ota, de pie a la sombra del portón principal.

Buscó una manera de evitarla. Si optaba por la derecha o por la izquierda, era probable que pudiera abandonar el templo por otra salida.

No obstante, se encaminó hacia el portón. Una leve insinuación de severidad le inundó el rostro.

La señora Ota lo vio y se acercó a él. Tenía las mejillas encendidas.

—Te esperé. Quería verte de nuevo. Puedo parecer desvergonzada, pero tengo que decir algo más. Si nos hubiéramos despedido allí, no habría tenido manera de saber cuándo te vería otra vez.      ?'

—¿Qué sucedió con tu hija?      ..«.

¿s —Fumiko siguió caminando. Estaba con una amiga. ¿s

—¿Entonces sabía que tú estarías esperándome? t..

—Sí. —Lo miró a los ojos.

—Dudo de que lo apruebe. Allá en la casa sentí pena por ella. Era obvio que no quería verme. —Puede que las palabras hayan sido bruscas y, por otra parte, quizá fueron prudentes; pero la respuesta de ella fue muy franca.

—Verte fue una prueba para Fumiko. —Puesto que mi padre le causó un enorme dolor. Kikuji quería sugerir que la señora Ota le había causado un enorme dolor.

—En absoluto. Tu padre fue muy bueno con ella. Alguna vez debo contarte. Al principio, ella no era amistosa, sin importar lo amable que fuera él; pero, luego, hacia fines de la guerra, cuando los ataques aéreos eran espantosos, cambió. No tengo idea de por qué. A su manera, hizo todo lo que pudo por él. Lo mejor que pudo, digo, aunque era sólo una niña. Lo mejor era salir para comprar pollo y pescado y cosas semejantes para él. Tenía mucha determinación y no le importaba correr riesgos. Salía al campo para conseguir arroz, aun durante los ataques. Tu padre estaba asombrado, el cambio fue tan repentino. Yo, por mi parte, lo hallaba muy conmovedor, tan conmovedor que casi dolía. Al mismo tiempo, sentía que me regañaban.

Kikuji se preguntó si él y su madre también habían recibido favores de la muchacha Ota. ¿Los notables presentes que su padre llevaba de tanto en tanto a la casa eran parte de sus adquisiciones?

—No sé por qué cambió Fumiko. Quizá fue porque no sabíamos si al día siguiente estaríamos con vida. Supongo que ella sentía pena por mí y fue a trabajar también para tu padre.

En la confusión de la derrota, la muchacha debió advertir con cuánta desesperación su madre se aferraba al padre de Kikuji. En la violenta realidad de aquellos días, debe de haber dejado en el pasado a su propio padre y sólo vería la realidad presente de su madre.

—¿Notaste el anillo que tenía puesto Fumiko?

—No.

—Tu padre se lo regaló. Aun cuando estaba conmigo, tu padre volvía al hogar si avisaban que habría un ataque aéreo. Fumiko lo acompañaba a casa y nadie podía convencerla de lo contrario. No había manera de saber lo que le pasaría si iba solo, decía ella. Una noche Fumiko no regresó. Yo tenía esperanzas de que se hubiera quedado en tu casa, pero temía que los hubieran matado a ambos. Luego, por la mañana, ella regresó y dijo que lo había acompañado hasta el portón de tu casa y había pasado el resto de la noche en un refugio. La siguiente vez que vino, él se lo agradeció y le regaló ese anillo. Estoy segura de que se sintió avergonzada de que lo vieras.

Kikuji estaba muy incómodo. Y era extraño que la mujer, como la cosa más corriente, pareciese esperar compasión.

Sin embargo, su estado de ánimo no distinguía con claridad si era disgusto o desconfianza. Ella tenía una calidez que le hacía bajar la guardia.

Cuando la muchacha hacía desesperadamente todo lo que podía por su padre, ¿había estado cuidando a su madre y, al mismo tiempo, mostrándose incapaz de cuidarla?

Kikuji pensó que la señora Ota, al hablar de la muchacha, estaba hablando de su propio amor.

Con toda esa pasión ella parecía estar suplicando algo y, en su implicación final, el ruego parecía no distinguir entre el padre de Kikuji y el mismo Kikuji. Había en el ruego una nostalgia profunda y afee-

tuosa, como si ella estuviera hablando con el padre de Kikuji.

La hostilidad que Kikuji, igual que su madre, sentía por la señora Ota había perdido algo de fuerza, aunque sin desaparecer por completo. Incluso temió que, a menos que fuera cuidadoso, podía encontrar en su propia persona al padre que había amado la señora Ota. Lo tentó imaginar que hacía mucho tiempo había conocido el cuerpo de esa mujer.

Su padre pronto había abandonado a Chikako, Kikuji lo sabía, pero había estado con la señora Ota hasta su muerte. Aun así, era probable que Chikako hubiera tratado burlonamente a la señora Ota. Kikuji vio en su propia persona señales de la misma crueldad y halló algo seductor en la idea de que podía hacerle daño con cierta alegría.

—¿Asistes a menudo a las reuniones de Kurimoto? —preguntó—. ¿No tuviste ya bastante de ella en los viejos tiempos?

—Recibí una carta suya después de la muerte de tu padre. Yo extrañaba muchísimo a tu padre. Me sentía muy sola. —Hablaba con la cabeza inclinada.

—¿Y asiste también tu hija?

—¿Fumiko? Fumiko sólo me hace compañía, o

Habían cruzado las vías y habían dejado atrás la estación Kamakura Norte. Ahora trepaban por la colina situada frente al Engakuji.

-!

La señora Ota tenía al menos cuarenta y cinco años, unos veinte más que Kikuji, pero logró que él olvidara su edad cuando hicieron el amor. Kikuji sentía que tenía entre sus brazos a una mujer más joven que él mismo.

Al compartir una felicidad que provenía de la experiencia de la mujer, Kikuji no sentía nada de la reticencia bochornosa de la inexperiencia.

Sentía como si fuera la primera vez que conocía a una mujer y como si por primera vez se conociera a sí mismo como hombre. Era un extraordinario despertar. Nunca había imaginado que una mujer podía ser tan enteramente dócil y receptiva, una pareja que lo acompañaba y, al mismo tiempo, lo inducía a sumirse en una fragancia tibia.

Kikuji, el solterón, a menudo se había sentido mancillado después de tales encuentros; pero ahora, cuando la sensación de contaminación debía resultar más aguda, sólo era consciente del tibio reposo.

Casi siempre quería hacer de su partida un momento brusco, pero hoy era como si por primera vez alguien estuviera cálidamente a su lado y él se dejaba arrastrar de buena gana. Hasta entonces no había visto cómo podía acompañar la oleada femenina. Al entregar su cuerpo a esa ola, sintió incluso una satisfacción que era como adormecerse en la victoria, el conquistador a quien un esclavo le lava los pies.

Y había un sentimiento maternal en ella.

—Kurimoto tiene una mancha de nacimiento enorme. ¿Lo sabías? —Él meneó la cabeza al hablar. Sin pensarlo de antemano, había introducido lo desagradable. Posiblemente porque las fibras de su conciencia se habían relajado, aunque no sintió que agraviaba a Chikako. Extendió la mano. —Aquí, en el pecho, así.

Algo había brotado dentro de sí para hacerle decir eso. Algo urticante que quería surgir contra el mismo Kikuji y herir a la mujer. O quizá tan sólo ocultaba la dulce timidez de querer ver su cuerpo, de ver dónde se ubicaba la mancha.

—¡Qué repugnante! —Ella se acomodó el kimono con rapidez. Pero allí parecía haber algo que no podía aceptar por completo. —No lo sabía —dijo sosegadamente—. No puedes verla bajo el kimono, ¿no?

—No, es imposible.

—¡No! ¿Cómo puedes?

—Sería visible si estuviese acá, me imagino.

—Detente. ¿Estás mirando para ver si yo también tengo una mancha de nacimiento?

—No. Pero me pregunto cómo te sentirías en un momento como éste si tuvieras una mancha así.

—¿Aquí? —La señora Ota se miró el pecho. —Pero, ¿por qué tienes que hablar de eso? ¿Qué importa? —A pesar de la protesta, sus modales eran dóciles. El veneno diseminado por Kikuji parecía no surtir efecto. Regresaba a raudales al propio Kikuji.

—Pero sí importa. Yo la vi una vez, cuando tenía ocho o nueve años, y puedo verla incluso hoy. —¿Por qué?

—Tú también estuviste bajo el hechizo de esa man-



cha. ¿No es cierto que Kurimoto te atacó como si estuviera peleando por mi madre y por mí?

La señora Ota asintió y se apartó. Kikuji le imprimió fuerza a su abrazo.

—Ella siempre fue consciente de esa mancha. La hizo cada vez más rencorosa.

—Qué idea tan aterradora.

—Y quizá también quiso vengarse de mi padre.

—¿Por qué?

—Pensó que él la menospreciaba por la mancha. Incluso puede que se haya convencido de que él la abandonó a causa de eso.

—No hablemos de una cosa tan repugnante. —Pero ella estaba haciéndose una idea clara de la mancha en su cabeza. —Supongo que la señorita Kurimoto ya no se preocupa más por eso. Hace mucho tiempo que el dolor debe de haberse disipado.

—¿Entonces el dolor se disipa y no deja rastros?

—Uno a veces hasta se pone sentimental por su causa. —Hablabas como si aún estuviera medio dormida.

Luego Kikuji dijo aquello que a toda costa tenía intenciones de no decir:

—¿Recuerdas a la muchacha a tu izquierda, hoy por la tarde?

—Sí. Yukiko. La joven Inamura.

—Kurimoto me invitó hoy para que pudiera verla.

—¡No! —Ella lo miró con los ojos muy abiertos, sin pestañear. —¿Era un *miaP* Nunca lo hubiera sospechado.

—No un *miai*, realmente. r\*/i ? i^kí;;-1»v:. ¿: '....

—Eso era. Camino a casa después de un *miai*. —Una lágrima dibujó una línea desde el ojo hasta la almohada. Los hombros le temblaban. —Fue incorrecto. Incorrecto. ¿Por qué no me lo dijiste?

Apretaba el rostro contra la almohada.

Kikuji no esperaba una respuesta tan violenta.

—Si es incorrecto es incorrecto, ya sea que regreso a casa de un *miai* o no. —Él fue bastante franco al respecto. —No veo la relación entre las dos cosas.

Pero la figura de la muchacha Inamura junto al brasero de té se le antepuso. Podía ver el pañuelo rosado y las mil grullas.

La figura de la mujer sollozando se había vuelto fea.

—Oh, fue incorrecto. ¿Cómo pude hacerlo? Las cosas de las que soy culpable. —Sus hombros regordetes temblaban.

Si Kikuji se hubiera arrepentido del encuentro, habría sentido la acostumbrada sensación de contaminación. Al margen de la cuestión del *miai*, era la mujer de su padre.

Pero, hasta ahora, no sentía arrepentimiento ni aversión.

No comprendía cómo había sucedido, con tanta naturalidad había ocurrido. Quizás, ella se estuviera disculpando por haberlo seducido y, aun así, ella probablemente no había tenido intenciones de seducirlo ni Kikuji sentía que había sido seducido. No había existido, de parte de la mujer, el menor atisbo de resistencia. No había habido escrúpulos, podría haber dicho.

Habían ido a una posada en la colina situada fren-

te al Engakuji y habían cenado, porque ella aún continuaba hablando del padre de Kikuji. Kikuji no tenía por qué escuchar. En efecto, en cierta medida era extraño que hubiera escuchado tan calmo, pero la señora Ota, evidentemente sin la menor sensación de extrañeza, pareció excusarse por sus anhelos del pasado. Al escucharla, Kikuji se sintió intensamente benévolo. Un cariño apacible lo embargó.

Se le ocurrió que su padre había sido feliz.

Aquí, quizá, residía el origen del error. El momento de decirle que se marchara había pasado y, en la dulce flojera de su corazón, Kikuji se rindió.

Pero en lo profundo de su corazón quedó una sombra oscura. Con malicia, habló de Chikako y de la joven Inamura.

El veneno fue demasiado eficaz. Con el arrepentimiento llegó la idea de contaminación y repugnancia, y lo inundó una violenta oleada de odio a sí mismo, que lo forzó a decir algo todavía más cruel.

—Olvidémonos. No fue nada —dijo ella—. No fue nada en absoluto.

—¿Recordabas a mi padre?

—¡Qué! —Ella levantó la mirada sorprendida. Había sollozado y tenía los párpados enrojecidos. Los ojos estaban empañados y, en las pupilas dilatadas, Kikuji vio la habitual languidez femenina. —Ante eso no tengo respuesta. Pero soy una persona muy desdichada.

—No necesitas mentirme. —Kikuji le abrió el kimono con brusquedad. —Si allí hubiera una mancha de nacimiento, nunca lo olvidarías. El recuerdo... —Estaba desconcertado por sus propias palabras.

—No debes mirarme fijamente. Ya no soy joven.'

Kikuji se le acercó como si fuera a morderla. •\$■ ■•

La oleada anterior regresó, la oleada femenina, M<sup>f</sup>;

Se quedó dormido sintiéndose seguro.

Medio dormido, oyó el gorjeo de los pájaros. Era como si por primera vez despertara con el canto de los pájaros.

Una niebla matinal humedecía los árboles de la veranda. Kikuji sintió como si hubieran lavado las partes más recónditas de su mente. No pensaba en nada.

La señora Ota dormía dándole la espalda. Se preguntó cuándo se había dado vuelta. Apoyado en un codo, le miró el rostro en la oscuridad.

A h<

Unas dos semanas más tarde, la joven Ota visitó a Kikuji.

Él hizo que una doncella la condujera hasta el recibidor. En un esfuerzo por aplacar los latidos de su corazón, abrió el aparador del té y sacó algunos dulces. ¿La muchacha había venido sola o estaba la madre esperando afuera, incapaz de entrar?

Cuando abrió la puerta, la muchacha se puso de pie. Tenía la cabeza inclinada y Kikuji vio el sobresaliente labio inferior firmemente cerrado.

—Te hice esperar. —Kikuji abrió las puertas de cristal que daban al jardín. Cuando pasó detrás de la mu-

chacha, sintió el tenue perfume de la peonía blanca en el florero. Sus hombros regordetes estaban apenas inclinados hacia adelante.

—Por favor, siéntate. —Kikuji tomó asiento. Se sentía extrañamente sosegado viendo la imagen de la madre en la hija.

—En realidad, debería haber llamado por teléfono antes. —Aún tenía la cabeza inclinada.

—En absoluto. Pero me sorprende que hayas podido hallar el lugar.

Ella movió la cabeza.

Entonces, Kikuji recordó: durante los ataques aéreos, ella había acompañado a su padre hasta el portón. Él había escuchado la historia de boca de la señora Ota en el Engakuji.

A punto de mencionarlo, se detuvo. Miró a la muchacha.

La cordialidad de la señora Ota lo persuadió como una ducha tibia. Ella, recordó Kikuji, había renunciado a todo mansamente y él se había sentido a resguardo.

A causa de ese resguardo, ahora sintió que su fatiga se desvanecía. La muchacha no le devolvió la mirada.

—Yo... —se detuvo y levantó la vista—. Tengo un pedido que hacerle. Acerca de mi madre.

Kikuji retuvo el aliento.

—Quiero que la perdone.

—¿Que la perdone? —Kikuji percibió que la madre le había contado a la hija sobre él. —Yo soy quien debe ser perdonado, si es que hay alguien que debe serlo.

—Me gustaría que la perdonara en nombre de su padre también.

—¿Y no es él quien debe ser perdonado? Pero, de todos modos, mi madre ya no vive. Entonces, ¿quién impartiría el perdón?

—Es culpa de mi madre que su padre haya muerto tan pronto. Y su madre. Así se lo dije a mi madre.

—Estás imaginando cosas. No debes ser cruel con ella.

—Mi madre debió haber muerto primero. —Habla-  
ba como si sintiera que la vergüenza era intolerable.

Kikuji se dio cuenta de que ella hablaba de la rela-  
ción de él con su madre. ¡Cuan profundamente debie-  
ron de haberla herido y avergonzado!

—Quiero que la perdone —dijo una vez más la mu-  
chacha con un ruego apremiante en la voz.

—No es cuestión de perdonar o no perdonar. —Ki-  
kuji habló con precisión. —Le estoy agradecido a tu  
madre.

—Ella es mala. No es buena y usted no debe tener  
nada más que ver con ella. No tiene que preocuparse  
por ella. —Las palabras manaban de su boca y le tem-  
blaba la voz. —Por favor.

Kikuji comprendió lo que ella quería decir cuando  
hablaba de perdonar. Ella incluía el pedido de que no  
viera más a la señora Ota.

—No le hable por teléfono. —La muchacha se ru-  
borizó al decirlo. Levantó la cabeza y lo miró, como si  
estuviera haciendo un esfuerzo por dominar la timi-  
dez. Había lágrimas en sus ojos abiertos, casi negros, y  
ningún rastro de malicia. Los ojos exponían un pedi-  
do desesperado.

—Entiendo —dijo Kikuji—. Lo siento. <ü

—Por favor, se lo ruego. —A medida que la vergüenza se profundizaba, el rubor se desparramó por su largo, niveo cuello. Vestía ropa estilo europeo y un collar resaltaba la belleza de su garganta. —Ella concertó una cita por teléfono y no cumplió. Yo la detuve. Cuando intentó salir, me aferré a ella y no le permití marcharse. —La voz ahora transmitía un dejo de alivio.

Al tercer día del encuentro, Kikuji había telefonado a la señora Ota. Ella dio la impresión de sentirse rebosante de júbilo, aunque no había acudido al salón de té señalado.

Al margen de esa llamada telefónica, Kikuji no había vuelto a comunicarse con ella.

—Después sentí pena por ella, pero en el momento era algo tan despreciable, estaba desesperada por impedir que fuera. Entonces, me dijo que me negara en su nombre y llegué hasta el teléfono y no pude decir nada. Mi madre miraba fijamente el teléfono y las lágrimas le corrían por el rostro. Lo sentía allí, en el teléfono. Sé que lo hacía. Ésa es la clase de persona que es.

Los dos se quedaron en silencio durante un rato. Luego, habló Kikuji:

—¿Por qué abandonaste a tu madre después de la fiesta de Kurimoto mientras me esperaba?

—Porque quería que supiera que no era tan mala como podría haber pensado. ■-¿i —Ella es todo lo contrario de mala. v ... La muchacha bajó la mirada. Bajo la nariz bien delineada podía ver la pequeña boca y el labio inferior, que sobresalía como si estuviera haciendo pucheros. El rostro suavemente redondeado le recordaba al de su madre.

—Yo sabía que la señora Ota tenía una hija y deseaba poder hablar con esa muchacha acerca de mi padre.

Ella asintió.

—Yo deseaba más o menos lo mismo.

Kikuji pensó lo bueno que sería hablar con libertad de su padre y no tomar en cuenta a la señora Ota.

Pero era porque ya no podía "tomarla más en cuenta" que pudo perdonarla y, al mismo tiempo, sentir que perdonaba lo que ella y su padre habían sido. ¿Debía hallar extraño el hecho?

Quizá, sospechando que se había quedado demasiado tiempo, la muchacha se puso de pie precipitadamente.

Kikuji la acompañó hasta el portón.

—Espero que alguna vez tengamos la oportunidad de hablar de mi padre. Y de tu madre y de toda la belleza que hay en ella. —Kikuji temió, de alguna manera, haber elegido una forma exagerada de expresarse. Sin embargo, sentía lo que había dicho.

—Pero pronto se casará.

-¿Sí?

—Sí. Mi madre me lo dijo. Era un *miad con la joven Inamura*, dijo.

—No era eso.

Una pendiente comenzaba al salir del portón y, a mitad de camino, la calle realizaba una curva. Al mirar hacia atrás, uno sólo veía los árboles del jardín de Kikuji.

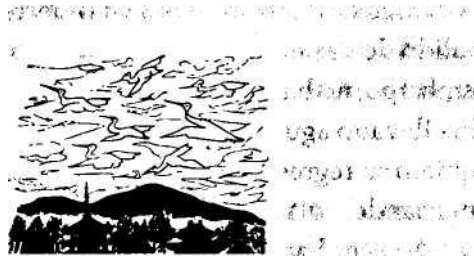
Recordó la imagen de la muchacha con el pañuelo de las mil grullas. Fumiko se detuvo y se despidió.

Kikuji se encaminó de regreso a la casa.





## Árboles en et sóf déla tarde



Chikako llamó por teléfono a la oficina de Kikuji.

—¿Regresarás directamente a casa?

Él iba directamente a su casa, pero frunció el ceño.

—Bueno...

—Ve derecho a casa. Por respeto a tu padre. Hoy es el día de su ceremonia del té. Yo, pensando en eso, apenas podía quedarme quieta.

Kikuji no dijo nada.

—La casa en el jardín... ¿Hola? Estaba limpiando la casita del jardín y de repente quise cocinar algo.

—¿De dónde llamas?

—De tu casa. Estoy en tu casa. Disculpa, debí habértelo dicho.

Kikuji se sentía alarmado.

—Simplemente no podía quedarme quieta. Pensé que me sentiría mejor si rae dejabas limpiar la casita del

jardín. Debería haber telefonado primero, lo sé, pero seguro que tú te habrías negado.

Kikuji no había utilizado la casita del jardín desde la muerte de su padre.

En los meses previos a su muerte, su madre había salido de vez en cuando para sentarse en la casita. Sin embargo, no había colocado carbón en el brasero ni había llevado agua caliente con ella. Kikuji esperaba inquieto su regreso. Lo afligía imaginar lo que ella estaría pensando, sola en la quietud.

A veces había querido visitarla de paso, pero al final había mantenido la distancia.

Chikako se había ocupado de la casita más que su madre mientras su padre vivía. Su madre rara vez entraba.

Desde la muerte de su madre había permanecido cerrada. Una mucama que había estado con la familia desde la época de su padre la aireaba varias veces al año.

—¿Cuándo fue la última vez que limpiaste el lugar? No importa lo fuerte que frote, no puedo sacar el moho. —Su voz era estridente. —Y cuando estaba limpiando, sentí ganas de cocinar. Se me ocurrió esa idea. No tengo todo lo que necesito, pero espero que vengas derecho a casa.

—¿No crees que estás siendo un poco impertinente?

—Estarás solo. ¿Por qué que no traes algunos amigos de la oficina?

—Poco probable. Ninguno de ellos está interesado en el té.

—Mucho mejor. No esperarán demasiado, los pre-

parativos han sido insuficientes. Todos podemos dis-tendernos.

—Ni la más mínima probabilidad —Kikuji lanzó las palabras al teléfono.

—Una lástima. ¿Qué haremos? ¿Crees que podríamos llamar a alguien que compartía el pasatiempo con tu padre? Pero no podemos, a esta hora. ¿Llamo a la joven Inamura?

—Estás bromeando.

—¿Por qué no llamarla? Las Inamura están muy interesadas en ti y ésta sería la oportunidad para que vieras a la muchacha otra vez, la examinaras bien y hablaras con ella. Yo simplemente la llamaré por teléfono. Si viene, será la señal de que, en lo que a ella respecta, todo está en orden.

—La idea no me gusta para nada. —Kikuji sintió que el pecho se le oprimía dolorosamente. —Y de todas formas, no regresaré a casa.

—Ésa no es la clase de tema que se resuelve por teléfono. Hablaremos de ello más tarde. Bueno, así son las cosas. Ven a casa ya mismo.

—¿Cómo son las cosas...? ¿De qué hablas?

—Oh, no te preocupes. Sólo estaba siendo impertinente. —La maliciosa persistencia le llegó a través del cable del teléfono.

Kikuji pensó en la mancha de nacimiento que le cubría medio pecho. El sonido de su escoba se convirtió en una escoba que le barría los contenidos de la mente, y el paño que lustraba la veranda, en un paño que le frotaba la mente.

La aversión llegó primero. Pero dirigirse a la casa



cuando el dueño estaba afuera y hacerse cargo de la cocina era una historia notable.

Hubiera sido más fácil perdonarla si se hubiera limitado a limpiar la casita del jardín y hubiera colocado algunas flores en memoria de su padre.

Dentro de la aversión que sentía, titiló la imagen de la joven Inamura, una veta de luz.

Después de la muerte de su padre, Chikako se había alejado. ¿Tenía intenciones de utilizar a la joven Inamura como una especie de carnada para acercarlo otra vez? ¿Iba a enredarse con ella nuevamente?

Como siempre, ella había logrado volverse interesante: uno sonreía con desconsuelo y las propias defensas caían; aunque su obstinación parecía contener una amenaza.

Kikuji temió que la amenaza tuviera origen en su propia debilidad. Débil y temblando, realmente no podía enojarse con la insistente mujer.

¿Ella había percibido la debilidad y se apresuraba para sacar ventaja?

Kikuji fue a Ginza y entró en un bar pequeño y mugriento.

Chikako tenía razón: él debería regresar a casa. Pero la debilidad era una carga pesada de llevar.

Era difícil que Chikako pudiera saber que Kikuji había pasado la noche en la posada de Kamakura, ¿o había visto después a la señora Ota?

Le pareció que en la persistencia de Chikako no había nada más que la acostumbrada desfachatez.

Sin embargo, de la manera más natural para ella, estaba promoviendo el galanteo a la joven Inamura.

Durante un rato se entretuvo inquieto en el bar. Luego se encaminó hacia la casa.

Mientras el tren se acercaba a la Estación Central de Tokio, observó la avenida bordeada de árboles.

Corría de este a oeste, casi en ángulo recto con las vías del ferrocarril. El sol la bañaba desde el oeste y la calle resplandecía como una lámina de metal. Los árboles, con el sol detrás, estaban oscurecidos, casi negros. Las sombras eran frías; las ramas, anchas; las hojas, voluminosas. Unos edificios sólidos de estilo occidental flanqueaban la calle.

Cosa extraña, había poca gente. La calle estaba tranquila y vacía a lo largo de todo el camino que llegaba al foso del Palacio. Los faros de los coches, brillantes y enceguedores, también estaban calmos.

Mirando desde el tren abarrotado, sintió que la avenida flotaba sola en ese peculiar momento de la tarde, como si un país extranjero la hubiera dejado caer allí.

Tuvo la ilusión de que la joven Inamura caminaba en la sombra de los árboles, el pañuelo rosa y sus mil grullas blancas bajo el brazo. Podía ver las grullas y el pañuelo con nitidez.

Percibió algo fresco y limpio.

Se le hinchó el pecho. La muchacha ahora podía estar llegando a su puerta.

Pero, ¿qué había tenido Chikako en mente al decirle que llevara amigos y, cuando él se negó, al sugerirle que llamara a la joven Inamura? ¿Había querido, desde un principio, llamar a la muchacha? Kikuji no lo sabía.

Chikako llegó corriendo a la puerta.

—¿Estás solo? .....

Kikuji asintió.

—Es mejor así. Ella está aquí. —Chikako tomó su sombrero y el maletín. —Te detuviste camino a casa, ya veo. —Kikuji se preguntó si su aliento olía a alcohol. —¿En dónde te detuviste? Llamé otra vez a la oficina y me dijeron que te habías marchado. Yo sabía cuánto tiempo te llevaría llegar a casa.

—Nada de lo que hagas debería sorprenderme, supongo.

Ella no se disculpó por haber venido sin que la invitaran ni por hacerse cargo de la casa.

Era evidente que tenía intenciones de acompañarlo a su habitación y de ayudarlo a cambiarse la ropa por el kimono que la mucama había colocado en exhibición.

—No te molestes. Puedo arreglármelas solo. —En mangas de camisa, Kikuji se retiró a su habitación.

Pero Chikako todavía lo estaba esperando cuando salió. ..< ,... ..

—Los solteros son increíbles. ,;• > s j .-

- M u c h o . ■■■■ ■■■■

—Pero no es una buena manera **de vivir**calicemos un cambio. oeif\* ■■■<■"

—Aprendí la lección viendo a mi padre.

Ella le lanzó una mirada como un relámpago.

Había tomado prestado un delantal de la mucama y tenía las mangas arremangadas. El delantal había pertenecido a la madre de Kikuji.

La carne de sus brazos era desproporcionadamente blanca y regordeta, y el músculo dentro del codo era

como una cuerda. Muy raro, pensó Kikuji. La carne le había parecido dura y densa.

—Supongo que la casa del jardín será mejor. —Su modo se volvió más práctico. —Ahora está en la casa principal.

—¿Hay luz allí? No recuerdo haber visto ninguna.

—Podríamos comer a la luz de las velas. Eso sería más interesante.

—No paramí.

Chikako pareció recordar algo. »;í, ;; ?•«» xi<■> U, ■••

—Cuando hablé por teléfono con la señorita Inamura, me preguntó si yo quería que la madre también viniera. Yo le dije que sería mejor si podían venir ambas, pero había razones por las cuales la madre no podía venir y sólo conseguimos a la muchacha.

—"Conseguimos" dices, pero tú lo hiciste todo. ¿No supones que ella pensó que era un poco grosero ser convocada así, sin previo aviso?

—Sin duda. Pero aquí está. Ella está aquí ¿y eso no anula mi grosería?

—¿Por qué debería?

—Oh, sí. Está aquí y eso significa que, en lo que a ella respecta, las cosas marchan a las mil maravillas. A mí, si en el curso de los acontecimientos parezco un poco extraña, me pueden perdonar. Cuando todo esté en orden, ustedes dos pueden reírse de la extraña persona que es Kurimato. Las conversaciones que van a consolidarse se van a consolidar, más allá de lo que uno haga en el proceso. Ésa es mi experiencia.

Así Chikako arrojó luz sobre su comportamiento. Era como si hubiera leído el pensamiento de Kikuji.



—Entonces, ¿lo has debatido con ella? "■■'■ ■'•'-'>

—Por supuesto. —"Y no evadas el tema" parecían decir sus gestos.

Kikuji caminó por la veranda hacia el recibidor. Un gran árbol de granadas crecía en parte bajo el alero. Kikuji luchó por controlarse. No debía mostrar desagrado al recibir a la joven Inamura.

Mientras miraba la profunda sombra del granado, pensó una vez más en la mancha de nacimiento de Chikako. Agitó la cabeza. La última luz de la tarde brillaba en las piedras del jardín que se veían desde el recibidor.

Las puertas estaban abiertas y la muchacha estaba cerca de la veranda.

Su resplandor parecía iluminar los rincones más alejados y oscuros de la habitación.

Había lirios japoneses en el nicho. Había lirios siberianos en el obi de la muchacha. Quizás era una coincidencia. Pero los lirios eran las flores más comunes de la estación y, quizás, ella había planeado la combinación.

Los lirios japoneses recortaban sus pimpollos y sus hojas en el aire. Uno sabía que Chikako los había arreglado hacía poco tiempo.

,< r

nt <\*

'j

Al día siguiente, domingo, llovía. ■ ' -'

Por la tarde, Kikuji fue solo a la casita del jardín, para guardar los utensilios que habían usado. : \* " ! \* ^

Y fue también en busca **del perfume dé** la joven Inamura.

Hizo que la mucama llevara un paraguas y, al bajar al jardín, notó que había una filtración en la canaleta del alero. Un chorro de agua caía justo frente al árbol de las granadas.

—Tenemos que hacer reparar eso —dijo a la mucama.

—Sí, señor.

Kikuji recordó que hacía tiempo que en las noches lluviosas el sonido de agua que caía lo molestaba.

—Pero una vez que empecemos a hacer reparaciones, no habrá fin. Debo vender el lugar antes de que se desmorone.

—Las personas con casas grandes parecen decir todas lo mismo. Ayer la joven se sorprendió ante el tamaño de la casa. Hablaba como si algún día fuera a vivir en ella.

La mucama le estaba diciendo que no la vendiera.

—¿La señorita Kurimoto mencionó la posibilidad?

—Sí, señor. Y cuando llegó la joven, parece que la señorita Kurimoto le mostró la casa.

—¡Qué será lo próximo que haga!

La muchacha no le había dicho nada a Kikuji sobre haber visto la casa.

El pensó que ella había pasado de la sala a la casita del jardín y ahora él mismo quería ir de la sala a la casita.

La noche anterior no había dormido. Había sentido que el perfume de la muchacha aún permanecía en la casita y había querido salir en medio de la noche.

Ella siempre estará lejos, había pensado, mientras intentaba dormirse.

54 No había sospechado que Chikako le había hecho recorrer la casa.

Ordenó a la mucama que trajera brasas de carbón y salió por los escalones de piedra.

Chikako, que vivía en Kamakura, se había marchado con la joven Inamura. La mucama había limpiado la casita. La única tarea de Kikuji era guardar los utensilios apilados en un rincón. Pero él no estaba seguro de qué lugar le correspondía a cada uno.

—Kurimoto lo sabría —murmuró para sí mismo, mirando la pintura del nicho. Era una pequeña acuarela Sotatsu<sup>4</sup>, suaves trazos de tinta, coloreados con delicadeza.

—¿Quién es el poeta? —había preguntado la noche anterior la joven Inamura, y Kikuji no le había podido responder.

—Me temo que no sabría decirlo sin un poema. En esta clase de retratos, todos los poetas se parecen —respondió él.

—Será Muneyuki<sup>5</sup> —dijo Chikako—. "Por siempre verdes, los pinos, sin embargo, son más verdes en la primavera". La pintura ya está un poco fuera de la estación, pero tu padre le tenía mucho cariño. La sacaba en la primavera.

Σ.

;>>:■••-jri; v

í <sup>4</sup> Uno de los primeros pintores del período Edo, cuyos datos de nacimiento y muerte son inciertos. !, ' ... ' \*! iv

<sup>5</sup> Minamoto Muneyuki murió en el año 939. ■',re g^, -|

—Pero por el cuadro podría ser tanto Tsurayuki<sup>5</sup> como Muneyuki —objetó Kikuji.

Ni siquiera hoy podía hallar algún rasgo distintivo en la vaga figura.

Pero había fuerza, una sugerencia de volumen y peso en los trazos escasos y rápidos. Al mirarlo durante un rato, pareció atrapar un leve perfume, algo limpio y nítido.

La pintura y los lirios en la sala le recordaron a la joven Inamura.

—Siento haber demorado tanto. Pensé que sería mejor dejar que el agua hirviera un rato. —La mucama llegó con carbón y una tetera.

Debido a que la casa era húmeda, Kikuji había querido caldearla. No había pensado en hacer té.

La mucama, sin embargo, había utilizado su propia imaginación.

Kikuji, distraídamente, dispuso el carbón y colocó la tetera sobre el brasero.

A menudo, haciéndole compañía a su padre, había asistido a la ceremonia del té. Nunca lo había tentado, sin embargo, adoptar él mismo ese pasatiempo y su padre tampoco lo había presionado.

Cuando el agua hirvió, sólo corrió un poquito la tapa de la tetera y se sentó con la vista fija en el brasero.

Había olor a moho. Las esterillas también parecían húmedas.

El color profundo y discreto de las paredes había destacado la figura de la joven Inamura hasta lograr un

<sup>5</sup> Kino Tsurayuki mimó en el año 945. ;i;., r

efecto mejor que el habitual; pero hoy estaban simplemente oscuras.

Había existido cierta incongruencia, como cuando alguien que vive en una casa de estilo europeo usa un kimono. Kikuji le había dicho a la muchacha:

—Debe de haberte enfadado que Kurimoto te haya llamado. Fue idea de Kurimoto traernos hasta aquí.

—La señorita Kurimoto dice que hoy es el día que tu padre realizaba la ceremonia del té.

—Así parece. Yo me había olvidado.

—¿Supones que se comporta de modo extraño al invitar a alguien como yo en un día como éste? Me temo no haber estado practicando.

—Pero tengo entendido que la misma Kurimoto lo recordó hoy por la mañana y vino a limpiar el lugar. ¿Hueles el moho? —Se tragó a medias las siguientes palabras: —Si vamos a ser amigos, no puedo dejar de pensar que hubiera sido mejor que nos presentara otra persona que no fuera Kurimoto. Debería disculparme ante ti por eso.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Por qué? Si no hubiera sido por la señorita Kurimoto, ¿quién podría habernos presentado?

Era una protesta simple y, sin embargo, daba en la tecla. Si no hubiera sido por Chikako, ellos dos no se habrían encontrado en este mundo.

Kikuji sintió como si un látigo centellante lo hubiera azotado.

La manera de hablar de la muchacha sugería que su propuesta era aceptada. Así le pareció a Kikuji. Por lo

tanto, la extraña suspicacia de sus ojos se transformó para él en algo deslumbrante.

¿Cómo había interpretado ella cuando él despidió a Chikako como "Kurimoto"? ¿Sabía que Chikako había sido, aunque por corto tiempo, la mujer de su padre?

—Yo tengo malos recuerdos de Kurimoto —la voz de Kikuji casi temblaba—. No quiero que el hado de esa mujer toque bajo ningún aspecto el mío. Es difícil creer que ella nos haya presentado.

Habiendo servido a los demás, Chikako apareció con una bandeja que retuvo para sí misma. La conversación se vio interrumpida.

—Espero que no les importe que me una a ustedes. —Chikako se sentó. Inclinandose un poco hacia adelante, como si estuviera recuperando el aliento por haber estado trabajando de pie, miró el rostro de la muchacha. —Es un poco solitario ser la única invitada. Pero estoy segura de que el padre de Kikuji también se siente feliz.

Sin afectación, la muchacha miró el piso.

—De ninguna manera estoy capacitada para estar en la casa de té del señor Mitani.

Chikako ignoró la acotación y continuó hablando, a medida que los recuerdos del padre de Kikuji y de la casita del jardín le venían a la mente.

Aparentemente, ella creía que el matrimonio ya estaba arreglado.

—Kikuji, alguna vez visitarás la casa de la señorita Inamura —dijo ella, mientras se marchaban—. Veremos de concertar una cita.

La muchacha sólo miraba el piso. Era evidente que quería decir algo, pero las palabras no le salían. Una especie de timidez primaria la sobrecogió.

La timidez fue una sorpresa para Kikuji. Lo inundó como si fuera la tibieza del cuerpo de la muchacha.

Y aun así sintió que estaba envuelto en una cortina oscura, mugrienta y sofocante.

Ni siquiera hoy podía arrancársela.

La suciedad no estaba sólo en Chikako, que los había presentado. Estaba en Kikuji también.

Podía ver a su padre mordiéndole la mancha de nacimiento con dientes mugrientos. La figura de su padre se convirtió en la figura del mismo Kikuji.

La muchacha no compartía con él su desconfianza por Chikako. Ésta no era la única razón para su falta de resolución, pero parecía ser una razón.

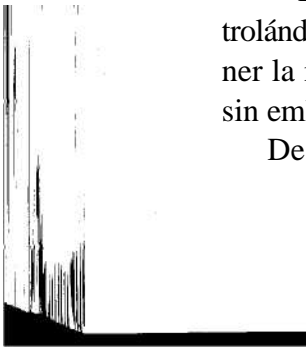
Cuando Kikuji le indicaba su desagrado por Chikako, había hecho que pareciera que ésta estaba forzando el matrimonio. Era una mujer que podía prestarse a estos fines.

Preguntándose si la muchacha había percibido todo eso, Kikuji sintió nuevamente el centelleo de ese látigo. Se vio a sí mismo como la figura que golpeaba y sintió repulsión.

Cuando terminaron de cenar, Chikako fue a preparar los utensilios para el té.

—Éste es nuestro destino. Tener a Kurimoto controlándonos —dijo Kikuji—. Tú y yo no parecemos tener la misma opinión de ese destino. —La acotación, sin embargo, sonaba como un intento por justificarse.

Después de la muerte de su padre, a Kikuji no le



gustaba que su madre fuera sola a la casa del jardín. Su padre, su madre y el mismo Kikuji, veía él ahora, habían tenido sus propias ideas por separado en ese lugar.

La lluvia salpicaba las hojas.

Con la lluvia en las hojas llegó el sonido de la lluvia sobre un paraguas. La mucama gritó a través de la puerta cerrada. Kikuji dedujo que alguien llamado Ota había llegado.

—¿La joven señorita?

—No, señor, la madre. Está terriblemente delgada. Me pregunto si habrá estado enferma.

Kikuji rápidamente se puso de pie. Sin embargo, se quedó allí, sin moverse.

—¿A dónde la llevo? \*«? u j ...

—La casa del jardín estará bien. • J; ■■■■'

■—Sí, señor. \* "... '"" ■' / A \*'\*

La señora Ota no tenía paraguas. Quizí **lohabía**de-  
jado en la casa principal. \*^ ' v.-.i ;j;c

Él pensó que la lluvia le había azotado el rostro, pero eran lágrimas.

Supo que eran lágrimas por el caudal constante que corría sobre sus mejillas.

Y él había pensado que eran gotas de lluvia; ésa era la medida de su falta de atención.

—¿Qué sucede? —casi gritó al acercarse a ella.

La señora Ota se arrodilló en la veranda con ambas manos sobre el piso y delante de ella.

Se acomodó suavemente, de cara a Kikuji.

Gota a gota la veranda cerca del umbral estaba húmeda.

Las lágrimas caían con regularidad y Kikuji de nuevo se preguntó si serían gotas de lluvia.



La señora Ota no dejó de mirarlo. Su mirada parecía impedirle caerse. Kikuji también sintió que ella correría peligro si le sacaba los ojos de encima.

Tenía hundidos los ojos y había pequeñas arrugas alrededor, y ojeras debajo. El pliegue de los párpados estaba enfatizado de una manera extraña y malsana, y los ojos suplicantes resplandecían de lágrimas. Él sintió una ternura indescriptible en ellos.

—Lo siento. Quería verte y no pude mantenerme alejada —dijo con calma.

Había cierta ternura también en su figura.

Estaba tan delgada que él apenas hubiera soportado mirarla si no hubiera sido por la ternura.

Su sufrimiento lo atravesó. Aunque él era la causa de ese sufrimiento, tuvo la fantasía de que en la ternura su propio sufrimiento se aligeraba.

—Te mojarás. Entra. —De repente, Kikuji la rodeó con un abrazo profundo, casi cruel, desde la espalda al pecho, y la levantó en el aire. Í

Ella intentó incorporarse. IIII

—Suéltame, suéltame. Ves lo liviana que soy. ¡\,

—Muy liviana.

5

—Soy tan liviana. He perdido peso. 'T: : ?

Kikuji estaba un poco sorprendido consigo mismo, por la manera abrupta en que había tomado a la mujer en sus brazos.

—¿No se preocupará tu hija? y/i>?j^ < ■ ' % \* \* - ,

-. —¿Fumiko? v \* v v

—¿Ella está contigo? —dijo como si la muchacha estuviera cerca.

—No le dije que venía. —Las palabras eran peque-

ños sollozos. —No me saca los ojos de encima. Por las noches se despierta si hago el menor movimiento. Últimamente ella misma se ha comportado de manera extraña, por mi culpa. —La señora Ota estaba ahora de rodillas y erguida. —Me preguntó por qué yo había tenido sólo un hijo. Dijo que yo debería haber tenido un hijo con el señor Mitani. Dijo cosas espantosas.

Kikuji percibió, por las palabras de la señora Ota, cuan profunda debía de ser la tristeza de la muchacha.

Él no podía sentirla como la tristeza de la madre. Era la tristeza de Fumiko.

El hecho de que Fumiko hubiera hablado de un hijo de su padre lo atravesó como una lanza.

La señora Ota continuaba mirándolo.

—Quizá venga hoy, después de mí. Yo me escabullí cuando ella no estaba. Está lloviendo y ella pensó que yo no me marcharía.

—¿Debido a la lluvia?

—Ella parece pensar que ahora estoy demasiado débil como para salir a la lluvia.

Kikuji sólo asintió.

—¿Fumiko vino a verte el otro día? ,,: 'i:;

—La vi. Ella dijo que debía perdonarte y **no pude** pensar en una respuesta.

—Sé cómo se siente. ¿Por qué he venido, entonces? ¡Las cosas que hago!

—Pero yo te estoy agradecido. •■■■

—Es bueno oírte decir eso. Con eso basta. Me he estado sintiendo muy desdichada. Debes perdonarme.

—¿Qué hay que te hace sentir culpable? Nada en absoluto, pensaría yo. O quizás el fantasma de mi padre.

La expresión de la mujer no cambió. Kikuji sintió como si hubiera intentado asir el aire.

—Olvidemos todo —dijo la señora Ota—. Me siento avergonzada. ¿Por qué debería haberme sentido tan mal ante el llamado de la señorita Kurimoto?

—¿Kurimoto te telefoneó?

—Sí. Esta mañana. Dijo que estaba todo dispuesto entre tú y la señorita Yukiko Inamura. Me pregunto por qué tenía que contármelo.

Tenía los ojos humedecidos, pero de repente sonreía. No era la sonrisa de quien llora. Era una sonrisa simple, natural.

—Nada está dispuesto en absoluto —respondió él—. ¿Imaginas que Kurimoto ha adivinado sobre nosotros? ¿La has visto desde entonces?

—No. Pero ella es una persona con la que uno tiene que tener cuidado, y puede saberlo. Debo de haber sonado extraña esta mañana cuando llamó. No soy buena para disimular. Casi me desmayé y supongo que le grité. Ella podía darse cuenta, sé que podía, aun por teléfono. Me ordenó que no interfiriera.

Kikuji frunció el ceño. No tenía nada que decir.

—No interferir. Por qué, yo sólo pensé en el daño que le hice a Yukiko. Pero desde esta mañana me he sentido atemorizada por la señorita Kurimoto. No podía quedarme en la casa. —Los hombros le temblaban como si estuviera poseída. Tenía la boca torcida hacia un lado, y una fuerza exterior parecía mantenerla er-

guida. Toda la fealdad de años parecía aflorar a la superficie.

Kikuji se puso de pie y le *colocó* una mano sobre el hombro.

Ella asió la mano.

—Estoy atemorizada, atemorizada. —Eché una mirada alrededor de la habitación, se estremeció y, de repente, la fuerza la abandonó.

—¿En esta casa?

Confundido, Kikuji se preguntó qué podía haber querido decir.

—Sí—respondió con vaguedad. ; , i j

—Es una casa muy bonita.

¿Ella recordaba que su difunto esposo había tomado el té allí ocasionalmente? ¿O recordaba al padre de Kikuji?

—¿Es ésta la primera vez que estás aquí? —preguntó él.

—Sí. . . . ' . . . .

—¿Qué miras?

—Nada. No miro nada.

—La pintura es un Sotatsu.

Ella asintió y, al hacerlo, dejó la cabeza inclinada.

—¿Y nunca has estado en la casa principal?

—Nunca.

—Me pregunto si puede ser verdad.

—Estuve allí una vez. En el funeral de tu **padre**. —Su voz se apagó.

—El agua hierve. ¿Tomamos té? Después te sentirás mejor y, en realidad, a mí me gustaría también un tazón.

—¿Estás bien? —Comenzó a incorporarse y se tambaleó ligeramente.

Kikuji sacó los tazones y otros utensilios para el té de unas cajas del rincón. Recordó que la noche anterior la joven Inamura los había utilizado, pero los sacó de todas maneras.

Las manos de la señora Ota temblaban. La tapa tintineó sobre la tetera.

Ella se inclinó para levantar el medidor de té de bambú y una lágrima humedeció el borde de la tetera.

—Tu padre fue bastante bueno como para comprarme esta tetera.

—¿De verdad? No lo sabía.

Kikuji no halló nada desagradable en el hecho de que la tetera hubiera pertenecido al esposo de la mujer. Y no pensaba que sus palabras fueran algo raro; sólo las había dicho.

—No puedo acercártelo. —Ella había terminado de hacer el té. —Ven a buscarlo.

Kikuji se acercó al brasero y tomó el té allí.

La mujer se cayó en su regazo como si se desmayara.

Él le rodeó el hombro con el brazo. El hombro temblaba y su respiración se volvía cada vez más tenue. En sus brazos, ella era tan tierna como un niño pequeño.



—No debes bromear con eso. Pero siento ciertas ganas de estrangular a alguien.

—Ah, ¿sí? Gracias. —Arqueó su largo cuello. —Es delgado. No tendrías problemas.

—¿Podrías morir y dejar a tu hija?

—No importa. De todas formas, me desgastaré y moriré pronto. Cuida a Fumiko.

—Si es como tú...

De repente, ella abrió los ojos.

> ¡^ Kikuji se asombró de sus propias palabras. Habían sido involuntarias por completo.

r

a ¿Cómo habían resonado en oídos de la mujer?

—¿Ves? ¿Ves como late mi corazón? No pasará mucho tiempo ahora. —Tomó la mano de Kikuji y se la llevó al pecho.

Quizá su corazón se había sobresaltado, sorprendido ante las palabras de Kikuji.

—¿Cuántos años tienes? .^j\*••;<■k<»

Kikuji no respondió. / r j i>r ■

—¿Todavía veinte? Está mal. Soy muy desgraciada. No me entiendo a mí misma.

Haciendo presión en el piso con una mano, se irguió. Tenía las piernas cruzadas.

Kikuji se sentó. ¡^

—No he venido aquí para arruinar las cosas para ti y para Yukíko. Pero ya está hecho.

—No he decidido casarme con ella. Pero la pura verdad es que tú has desvanecido todo el pasado para mí, o así parece cuando dices eso.

.. —¿En verdad?

—Kurimoto también fue mujer de mi padre y es la



mediadora. Toda la malicia de los viejos tiempos está en esa mujer. Mi padre tuvo suerte de tenerte al final.

—Debes apresurarte y casarte con Yukiko.

—Ésa es una cuestión que debo decidir. '■

Lo miró con fijeza, sin la menor expresión. La sangre abandonó sus mejillas y se colocó una mano en la frente.

—La habitación da vueltas.

Debía ir a su casa, dijo. Kikuji llamó un taxi y subió con ella.

Ella se reclinó en un rincón, los ojos cerrados, una figura indefensa por completo. Las últimas brasas corrían peligro de apagarse.

Kikuji no la acompañó hasta la casa. Al bajarse del taxi, los dedos fríos de la señora Ota abandonaron los suyos.

A las dos de la mañana, recibió un llamado de Fumiko.

—Hola, ¿el señor Mitani? Mi madre recién... —La voz se interrumpió por un instante, luego continuó con firmeza. —Recién ha muerto. >

—¿¡Qué!?! ¿Qué sucedió? >

—Madre está muerta. Sufrió un ataque al corazón. Últimamente, ha estado tomando una gran cantidad de pastillas para dormir.

Kikuji no respondió.

—Me temo que... Debo pedirle un favor, señor Mitani.

—¿Sí?

—Si hay un médico que usted conozca bien y, si le parece posible, ¿puede traerlo hasta aquí?



—¿Un médico? ¿Necesitas un médico? Deberé apresurarme.

Kikuji estaba asombrado de que todavía no hubiera llamado a un médico. Entonces, de repente, comprendió. La señora Ota se había suicidado. La muchacha estaba pidiéndole que la ayudara a ocultar el hecho., , wí

—Comprendo. ratí

—Por favor.

Antes de llamarlo, ella lo había pensado con cuidado, él lo sabía y, por lo tanto, había sido capaz de enunciar lo indispensable del asunto con algo parecido a la precisión formal.

Kikuji se quedó sentado junto al teléfono con los ojos cerrados.

Vio el sol de la tarde como lo había visto después de la noche con la señora Ota: el sol de la tarde a través de la ventana del tren, detrás de la arboleda del templo Hommonji<sup>7</sup>.

El rojo sol parecía derramarse sobre las ramas.

La arboleda se recortaba oscura.

El sol derramándose por las ramas se introdujo en sus ojos cansados. Los cerró.

Las grullas blancas del pañuelo de la joven Inamura volaron en el sol de la tarde, que todavía estaba en sus ojos.

Jtj

M

0»

<Jj<, í '!.T v.

## Shíno<sup>8</sup> decorado

¡U ' t ' , ' , ■ f ' " V ! , ■ v

5 V f » : ' , p ■ < ' > \* . }



, 4

" . í, f

.rí' -.

Tí/

' T

El día después de las ceremonias fúnebres, realizadas al séptimo día de la muerte, Kikuji realizó la visita.

Habría sido de noche si, según su cronograma habitual, hubiera realizado la visita al volver a casa desde la oficina. Había tenido intenciones de retirarse del trabajo temprano, pero ya había concluido el día cuando pudo reunir fuerzas para emprender la tarea.

Fumiko llegó hasta la puerta.

—¡Oh!

Se arrodilló en el umbral en relieve y lo miró. Tenía las manos apoyadas en el piso, como si estuviera estabilizando los hombros.

—Gracias por las flores de ayer. • . - . . .

—Pomada. . . . ,

<sup>8</sup> Porcelana de los hornos Oribe.

—Pensé que no lo vería. , v ic Ó

—¿Por qué no? La gente a veces **envía flores por adelantado** y realiza la visita después.

—Aun así, no lo esperaba. \*

—Las envié de una florería que **está muy cerca de aquí.**

Fumiko asintió.

—No había nombre, pero yo supe de inmediato.

Kikuji recordó cómo rodeado por las flores había pensado en la señora Ota.

Recordó que el perfume de las flores había suavizado la culpa.

Y ahora, gentilmente, Fumiko lo recibía.

Ella vestía tan sólo un vestido liso de algodón. Excepto por un toque de lápiz de labios en sus labios secos, no estaba maquillada.

—Pensé que ayer era mejor mantenerme alejado —dijo Kikuji.

Fumiko se inclinó un poco hacia un lado, invitándolo a pasar.

Quizá porque estaba decidida a no sollozar, se limitó a los saludos más corrientes; pero parecía que de todas formas iba a llorar, a menos que se moviera o permaneciera callada.

—No puedo decirle lo feliz que me sentí al recibir las flores. Pero usted debería haber venido. —Se incorporó y lo siguió.

—No quise incomodar a tus parientes —respondió él, esperando que fuera de manera mesurada.

—Esa clase de cosas ya no me preocupa más. —Las palabras eran firmes y claras.

En la sala, había una fotografía delante de la urna. Sólo estaban las flores que Kikuji había enviado el día anterior.

Pensó que eso era extraño. ¿Fumiko había dejado sólo las suyas y se había llevado el resto? ¿O había sido una ceremonia solitaria? Sospechó que así había sido.

—Una jarra de agua, ya veo.

Él miraba el florero en el cual había dispuesto sus flores. Era la jarra para el agua de la ceremonia del té.

—Sí. Pensé que sería lo apropiado.

—Una delicada pieza Shino. —Para ser una jarra de ceremonias, era un poco pequeña.

Él había enviado rosas blancas y claveles pálidos. Combinaban bien con la jarra cilíndrica.

—Madre a veces la utilizaba para las flores. Por eso no se vendió.

Kikuji se arrodilló delante de la urna para encender incienso. Enlazó las manos y cerró los ojos.

Pedía disculpas. Pero el amor inundó la disculpa, para consentir y apaciguar la culpabilidad.

¿La señora Ota había muerto sin poder escapar de la culpa que la acechaba? ¿O, acechada por el amor, había hallado que era incapaz de controlarlo? ¿Era el amor o la culpa lo que la había matado? Durante una semana Kikuji había debatido el problema.

Ahora, mientras estaba arrodillado delante de las cenizas, con los ojos cerrados, su imagen se negaba a surgir, pero la calidez de su contacto lo envolvió, embriagándolo con su fragancia.

Era un hecho extraño pero que, debido a la mujer,

no parecía para nada sobrenatural. Y aunque sentía su contacto, la sensación era menos táctil que auditiva, musical.

Incapaz de dormir desde su muerte, Kikuji había estado tomando sedantes con sake. Sin embargo, había podido despertarse rápido y había tenido muchos sueños.

No habían sido pesadillas. En la vigilia, se había sentido adormecido y dulcemente embriagado.

Que una mujer muerta pudiera hacer sentir su abrazo en los sueños a Kikuji le parecía algo misterioso. El era joven y no estaba preparado para una experiencia tal.

"¡Las cosas que he hecho!", había dicho ella dos veces, cuando pasó la noche con él en Kamakura y cuando fue a la casita en el jardín. Las palabras habían traído como consecuencia el delicioso temblor y los entrecortados sollozos y ahora, mientras se arrodillaba delante de sus cenizas y se preguntaba qué la había hecho morir, pensó que por el momento debía admitir que había sido culpable. La admisión sólo trajo de vuelta su voz, hablando de su culpa.

Kikuji abrió los ojos.

Detrás, oyó un sollozo. Fumiko parecía estar conteniendo las lágrimas; un sollozo se le había escapado, sólo uno.

Kikuji no se movió.

—¿Cuándo tomaron la fotografía? —preguntó.

—Hace cinco o seis años. Yo hice ampliar una instantánea.

—¿La tomaron en una ceremonia del té? <^~

—¿Cómo lo supo? ■'>f.:~y-<í»-- u

La fotografía había sido cortada a la altura de la garganta, mostraba así un poco del kimono y nada de los hombros.

—¿Cómo supo que fue tomada en una ceremonia del té?

—Da esa sensación. Tiene los ojos bajos y parece estar ocupada en algo. No se pueden ver los hombros, por supuesto, pero uno siente una especie de concentración en su gesto.

—Me pregunté si serviría. Fue tomada un poco de costado. Pero es una foto a la cual mi madre le tenía cariño.

—Es una fotografía muy apacible. Una muy buena fotografía.

—Aunque ahora me doy cuenta de que fue un error. No se mira a uno cuando se le ofrece el incienso.

—Es verdad, supongo. ^i\_«

—Está mirando a otra parte, y hacia abajo. ■'

Kikuji pensó en la mujer haciendo té el día antes de su muerte.

Mientras medía la cantidad de té, una lágrima había caído sobre la tetera. Él había ido a buscar el tazón, ella no se lo había traído. Cuando él terminó el té, la lágrima ya se había secado.

Ella había caído en su regazo en el instante en que dejó el tazón.

—Madre pesaba más cuando le sacaron la fotografía. —Se apresuró con las siguientes palabras: —Y me hubiera avergonzado colocar una fotografía demasiado parecida a mí.

Kikuji se dio vuelta para mirarla. ■

La mirada, ahora en el piso, había estado clavada en su espalda.

Tenía que dejar la urna y la fotografía, y enfrentarla. ¿Cómo podía disculparse?

Encontró el modo en la jarra Shino para el agua. Se arrodilló delante de la jarra y la miró evaluándola, como se miran los recipientes de té.

Un tenue rojo se traslucía en el esmalte blanco. Kikuji estiró la mano para tocar la superficie voluptuosa, cálida y calma.

—Suave, como un sueño. Incluso cuando uno sabe tan poco como yo, puede apreciar una buena pieza Shino.

Como el sueño con una mujer, había pensado, pero había eliminado las últimas palabras.

—¿Le gusta? Permítame que se la entregue en memoria de mi madre.

—Oh, no. Por favor. —Kikuji levantó la vista, consternado.

—¿Le gusta? Madre estaría feliz también. Sé que así sería. No es una pieza mala, me imagino.

—Es una pieza espléndida.

—Así decía mi madre. Por eso coloqué sus flores allí.

Kikuji sintió que le asomaban unas lágrimas tibias a los ojos.

—La aceptaré, entonces, si me permite.

—Madre estaría contenta.

—Pero no me parece probable que la utilice para el té. La convertiré en un florero.

—Por favor, hágalo. Madre también la utilizaba para las flores.

—Me temo que no quiero decir flores para la ceremonia del té. Parece algo triste que un recipiente de té abandone la ceremonia del té.

—Yo estoy pensando en dejar de realizar la ceremonia del té.

Kikuji se dio media vuelta para enfrentarla y se puso de pie al hacerlo.

Había almohadones cerca de las puertas que conducían a la sala del desayuno. Empujó uno hacia la veranda y se sentó.

Ella había permanecido arrodillada respetuosamente sobre la esterilla desnuda de paja.

Sólo Kikuji se movió. Fumiko quedó en medio de la habitación.

Sus manos enlazadas con dulzura en las rodillas parecían a punto de temblar. Las asió con fuerza.

—Señor Mitani, debe perdonar a mi madre. —La cabeza se le hundió en el pecho.

Kikuji se incorporó, temeroso de que en el movimiento ella se cayera.

—¿Qué dices? Soy yo quien debe pedir perdón. He intentado pensarlas palabras apropiadas, pero no hay manera de disculparse y siento vergüenza de estar aquí contigo.

—Somos nosotras quienes deberíamos sentir vergüenza. —La vergüenza le llegó al rostro. —Ojalá pudiera desaparecer.

El rubor se desparramó desde las mejillas sin polvo al cuello blanco, y todo el desgaste y la ansiedad aflo-



raron a la superficie. El tenue color de la sangre hizo que la palidez fuera aún más llamativa.

Un moderado dolor recorrió el pecho de Kikuji.

—Pensé cuánto debes odiarme.

—¿Odiarlo? ¿Cree que madre lo odiaba?

—No. Pero, ¿no fui yo quien la hizo morir?

—Ella murió por ella misma. Eso es lo que piertt©»

Me atormenté toda la semana por esto.

—¿Has estado sola aquí todo el tiempo? '•/'\*■•\*■'■

—Sí. Pero así estábamos madre y yo. ¿>'

—Yo la hice morir. a s .

o

—Nadie la hizo morir. Si usted dice que fue usted quien la hizo morir, entonces, yo aún más. Si hay que culpar a alguien, debería ser a mí. Pero, cuando comenzamos a sentir responsabilidad y remordimientos, sólo lo hacemos que la muerte parezca algo sucio. Los remordimientos y las dudas sólo hacen que la carga sea más pesada para quien ha muerto...

—Puede que sea verdad, pero si no la hubiera conocido.. —Kikuji no pudo decir nada más.

—Creo que es suficiente si se puede perdonar a la persona muerta. Quizá madre murió pidiendo ser perdonada. ¿Puede usted perdonarla? —Fumiko se puso de pie.

Ante las palabras de Fumiko, una cortina en la caT beza de Kikuji pareció desaparecer.

¿Allí también había un aligeramiento de la carga para el muerto?, se preguntó.

Preocuparse por los muertos, ¿no era en la mayoría de los casos un error, algo similar a enfadarse con ellos?

Los muertos no importunaban **con** consideraciones morales a los vivos. *i/; } > < . Ai-*  
 Kikuji miró nuevamente **la fotografía ;déla** señora

Ota. . . . . ■ : ? ■ ■ ■ ■ ■ . . . . . ■ ■

Fumiko llevó dos tazones sobre una bandeja.  
 Eran de forma cilíndrica, un Raku rojo y un Raku negro.

Colocó el negro delante de Kikuji. En él había té común y corriente.

Kikuji levantó el tazón y miró la marca del ceramista.

—¿Quién es? —preguntó bruscamente.

—Ryonyu<sup>9</sup>, creo. 5°

—¿Yelrojo? *, ~ > u > ¿ ; > b . c ■ \* ! o > • " >*

—Ryonyutambién. *' .. < • , ' - . , « u - > ' " >*

—Parecen una pareja. —Kikuji miró el tazón rojo, que permanecía delante de las rodillas de ella sin que lo tocara.

Aunque eran tazones ceremoniales, no parecían fuera de lugar como tazas de té corrientes, pero una imagen desagradable relampagueó en la cabeza de Kikuji.

<sup>9</sup> Raku, porcelana de Kyoto, producida por primera vez en el siglo xvi. Ryonyu (1756-1834) fue el noveno maestro de los hornos Raku.

El padre de Fumiko había muerto y el padre de Kikuji había seguido vivo. ¿Este par de tazones Raku no había servido como tazas de té cuando el padre de Kikuji venía a visitar a la madre de Fumiko? ¿No había sido utilizado como las tazas "marido-esposa", la negra para el padre de Kikuji, la roja para la madre de Fumiko?

Si eran hechos por Ryonyu, uno no podía ser un poco descuidado con ellos. ¿No habían también sido llevados en los viajes?

Fumiko, quién sabía, quizás estaba jugándole una broma cruel.

Pero él no percibió malicia ni cálculos, por cierto, en que ella trajera los dos tazones.

Sólo percibió un añinado sentimentalismo que también lo embargó.

Él y Fumiko, acechados por la muerte de la madre, eran incapaces de contener este grotesco sentimentalismo. El par de tazones Raku profundizaba la pena que tenían en común.

Fumiko también sabía todo: el padre de Kikuji y su madre, su madre y Kikuji, la muerte de su madre.

Y habían compartido el delito de ocultar el suicidio.

Era evidente que Fumiko había sollozado al hacer el té. Sus ojos estaban ligeramente enrojecidos.

—Me alegra haber venido hoy —dijo Kikuji—. Puedo aceptar lo que dijiste hace unos minutos que entre los vivos y los muertos no puede haber perdón ni la imposibilidad del perdón pero, en cambio, ¿puedo pensar que he sido perdonado por tu madre?

Fumiko asintió. , y ■

—De otra forma, madre no puede ser perdonada. No es que ella pueda perdonar.

—De alguna manera es terrible que yo esté aquí contigo.

—¿Por qué? —Ella lo miró. —¿Quiere decir que estubo mal que ella muriera? Yo misma me sentí muy decepcionada. Pensé que no importaba cuan malinterpretada hubiera sido ella, la muerte no podía ser la respuesta. La muerte sólo interrumpe la comprensión. Posiblemente nadie puede perdonar eso.

Kikuji se quedó callado. Se preguntó si también Fumiko se había esforzado hasta una confrontación final con el secreto de la muerte.

Era extraño escuchar que la muerte interrumpe la comprensión.

La señora Ota que Kikuji conocía ahora era bien diferente de la madre que Fumiko conoció. Fumiko no tenía manera de conocer a la madre como mujer.

Perdonar o ser perdonado era para Kikuji como ser acunado en esa ola, la languidez del cuerpo de la mujer.

Parecía que la languidez estaba aquí también, en el par de tazones Raku.

Fumiko no había conocido a la madre de ese modo.

El hecho de que la hija no conociera el cuerpo del cual provenía era extraño y sutil. Sutil, el cuerpo mismo había sido traspasado a la hija.

Desde el preciso momento en que ella lo había saludado en el umbral, Kikuji había sentido algo suave y gentil.

En el rostro redondo y suave de Fumiko él vio a la madre.

Si la señora Ota había cometido un error cuando vio al padre de Kikuji en Kikuji, entonces había algo atemorizador, un lazo como un maleficio en el hecho de que, para Kikuji, Fumiko se pareciera a la madre; pero Kikuji, sin protestar, se dejó arrastrar por la corriente.

Al ver la pequeña boca descuidada, el labio inferior sobresaliendo hacia adelante como si estuviera haciendo pucheros, sintió que era imposible luchar.

¿Qué podía hacer uno para hacer que ella resistiera?

Esa pregunta debería haber sido hecha acerca del mismo Kikuji.

—Tu madre era demasiado bondadosa como para vivir. Yo fui cruel con ella, y sospecho que yo la alteraba con mi debilidad moral. Soy un cobarde.

—Madre estaba equivocada. Madre estaba tan equivocada. Su padre, luego usted; pero debo pensar que la verdadera naturaleza de mi madre era distinta. —Hablabla con vacilación y se ruborizaba. El color de la sangre era más cálido que la vez anterior.

Evitando la mirada de Kikuji, se inclinó y se alejó levemente.

—Pero desde el día siguiente al que madre murió, comenzó a parecer más hermosa. ¿Es sólo en mi mente o es realmente más hermosa?

—Las dos son lo mismo, supongo, con la muerte.

—Quizá mi madre murió por no ser capaz de soportar su propia fealdad.

;

—No parece probable. ■ju- 'i r; ii S. «3 ■-... ■'

—Era demasiado, no pudo soportarlo. —Las lágrimas asomaron a los ojos de Fumiko. Quizás ella quería hablar del amor de su madre por Kikuji.

—Los muertos son, de alguna manera, nuestra propiedad. Debemos cuidarlos —dijo Kikuji—. Pero todos murieron tan pronto.

Ella pareció comprender: él quería decir los padres de ella y los suyos propios.

—Ahora tú eres huérfana y yo también. —Sus propias palabras le hicieron tomar conciencia de que si la señora Ota no hubiera tenido a su hija, Fumiko, él habría albergado pensamientos más oscuros y perversos sobre ella.

—Tú fuiste muy buena con mi padre. Tu madre me lo contó. —Dijo eso y esperó que sus palabras parecieran genuinas.

Él no vio nada malo en hablar de aquellos días en los cuales su padre había ido a esa casa como el amante de la madre de Fumiko.

De pronto, Fumiko se inclinó profundamente.

—Perdónela. Madre en realidad estaba demasiado triste. Después de eso, yo apenas podía distinguir en qué minuto moriría. —Aún tenía la cabeza inclinada. Inmóvil, comenzó a sollozar y la fuerza abandonó sus hombros.

Debido a que no esperaba visitas, estaba descalza. Tenía los pies escondidos a medias por la falda y presentaba una figura completamente reducida, indefensa.

El tazón Raku rojo casi le tocaba el cabello. Su ca-

bello era tan largo que caía hasta la esterilla del piso, al cual casi tocaba. Ella abandonó la habitación cubriéndose el rostro con ambas manos.

Pasaron unos minutos y no regresó.

—Creo, entonces, que me marcharé —dijo Kikuji.

Ella apareció en la puerta con un paquete.

—Me temo que será pesado, pero trate de no darle demasiada importancia.

—¿Eh? ,^..:Ü^ :...■'« \*■; ■•■. í v-. cí v.

—**El Shino.** ;s>j.íy\* v«)9rr:níí> ' ?...■ ■\* . . . .

Kikuji estaba asombrado por su rapidez: había vaciado la jarra, la había secado, encontrado una caja para colocarla, y la había envuelto en un pañuelo.

—¿La llevo ya? Pero tenía flores. j?.

—Por favor, llévela.

—Si me permites, entonces —dijo Kikuji. La rapidez, percibió, se había originado por un exceso de pena.

—Pero no iré a ver cómo la utiliza. ^ y\_f «¿;;; • -o;

—**¿Porquéno?** \*K»'r ., 3.3 f■.■. 4. ;

Fumiko no respondió. >.,• :r.->q t\l

■■■; —Bueno, cuídate—Kikuji salió. .h-í% ,

—Gracias. Fue bueno que haya venido. Y OO 8© preocupe por madre. Apresúrese y cátese, ass»; 'V.í>

—¿Qué dijiste?

Él se volvió hacia ella, pero ella no levantó la mirada.

lj, ... í ' : ■ EC.

t¿y

## i. 3

Kikuji probó colocar las cosas blancas y pátiles en la jarra Shino.

Estaba obsesionado con la idea de que, ahora que estaba muerta, él se estaba enamorando de la señora Ota.

Y sentía que ese amor se hacía conocer a través de la hija, Fumiko.

El domingo, la llamó por teléfono.

—¿Estás sola en casa?

—Sí. Me siento un poco sola, por supuesto\*.

—No deberías estar sola.

—Supongo que no.

—Casi puedo sentir la quietud.

Fumiko se rió con suavidad.

—Imagina que un amigo te visita.

—Pero no dejo de pensar que quienquiera que venga descubrirá lo de mi madre.

Kikuji no pudo pensar una respuesta.

—Debe de ser un inconveniente. No tienes que vigilar la casa cuando quieres salir.

—Oh, siempre puedo cerrar con llave.

—Imagina, entonces, que vienes a visitarme

—Gracias. Uno de estos días.

—¿Te has sentido bien?

—Perdí algo de peso.

—¿Y puedes dormir?

—Casi nada.

—Eso es muy malo.





El rostro de Kikuji se volvió sombrío. ¿Habría oído algo?

—Ha estado tan deprimente. Lluvia, lluvia. Estoy aprovechando el primer día bueno en tanto tiempo —ya estaba mirando el Shino—. Desde ahora hasta el verano tengo más tiempo libre de clases y pensé que me gustaría venir y quedarme en la casita del jardín por un rato.

Sacó sus ofrendas, dulces y un abanico plegable.

—Supongo que la casita estará toda enmohecida de nuevo.

—Así supongo.

—¿El Shino de la señora Ota? ¿Podría mirarlo? —Habla con aire despreocupado y se volvió para examinarlo.

A medida que se inclinaba, acercándose a la pieza, los hombros de huesos pesados retrocedían. Parecía exudar malicia.

—¿Lo compraste?

—Es un regalo.

—¿Un regalo. ¿Un recuerdo? —Levantó la cabeza y se volvió hacia él. —En realidad, ¿no deberías haber pagado por una pieza así? Estoy bastante horrorizada de que lo hayas aceptado de la muchacha.

—Consideraré la cuestión.

—Hazlo. Tienes todo tipo de piezas para el té que pertenecieron al señor Ota, pero tu padre pagó por cada una de ellas. Incluso cuando se ocupaba de la señora Ota.

—No es un asunto que quiera discutir contigo.

—Ya veo, ya veo —dijo Chikako a la ligera, y se puso de pie.

Kikuji oyó que hablaba con la mucama. Volvió vestida con un delantal.

—Entonces, la señora Ota se suicidó. —No había duda de que su actitud despreocupada estaba planificada para atraparlo con la guardia baja.

—No.

—¿Ah, no? Yo lo supe de inmediato. Siempre hubo algo extraño en esa mujer. —Lo miró. —Tu padre solía decir que no la entendería nunca. Para otra mujer, por supuesto, el problema era un poco diferente, pero había algo infantil en ella, sin importar lo vieja que se volvía. Bueno, no era mi tipo. De alguna manera, pegajosa, aferrándose siempre.

—¿Podría pedirte que dejes de calumniar a la muerta?

—Oh, por favor, hazlo. ¿Pero esta persona muerta en particular no está intentando arruinar tu matrimonio? Tu padre sufrió mucho en manos de esa mujer.

Era Chikako quien había sufrido, pensó Kikuji.

Chikako había sido el juguete de su padre durante un tiempo muy breve. No tenía razón para acusar a la señora Ota. Pero aun así, uno podía imaginarse cuánto había odiado a la mujer que había estado con su padre hasta el final.

—Tú eres demasiado joven como para entender a personas así. Por tu propio bien, fue bueno que ella muriera. Ésa es la verdad.

Kikuji le dio la espalda.

—¿Cómo enfrentaríamos que ella estuviera interfiriendo en tus planes de matrimonio? Murió porque no podía contener el demonio que había en ella cuan-

do supo que estaba equivocada. Ésa también es la verdad. Y siendo la mujer que era, pensó que moriría y se iría a encontrar con tu padre.

Kikuji sintió frío.

Chikako salió al jardín.

—Voy a la casita, a calmar mis nervios.

Él se quedó sentado un buen rato mirando las flores.

El blanco y el pálido rosa parecían fundirse en una bruma con el Shino.

La figura de Fumiko, sollozando sola en su casa, le vino a la mente.

## El Lapiz de labios de la madre



De regreso en su habitación, después de haberse cepillado los dientes, Kikuji vio que la mucama había colocado en el nicho un cuenco hecho de una calabaza. Contenía una única campanilla.

—Hoy me levantaré —dijo, aunque se metió en la cama de nuevo. Echó la cabeza hacia atrás y miró la flor.

—Había una campanilla florecida —dijo la mucama desde la habitación contigua—. ¿Entonces estará en casa hoy nuevamente, señor?

—Un día más. Pero me levantaré. —Kikuji había estado alejado del trabajo durante varios días, con dolor de cabeza y resfriado. —¿Dónde estaba la campanilla?

—Había trepado por el jengibre en el extremo más alejado del jardín.

Era una campanilla color añil, probablemente silvestre, y del tipo más común y corriente. Los tallos de

la enredadera eran delgados y las hojas y el capullo muy pequeños. Pero el verde y el azul profundo eran tranquilizadores; caían sobre el cuenco de laca roja oscurecida por el tiempo.

La doncella, que había estado con la familia desde la época de su padre, era, a su manera, imaginativa.

En la calabaza estaba estampado el sello con la firma en laca desteñida y, sobre la caja de aspecto antiguo, la marca del primer dueño, Sotan, que, si era auténtica, hacía que el cuenco tuviera unos trescientos años de antigüedad.

Kikuji no sabía nada acerca de las flores para acompañar el té; tampoco era probable que la mucama estuviera bien informada. Para el té de la mañana, sin embargo, le pareció que la campanilla era apropiada.

La observó un buen rato: en un cuenco que había pasado de mano en mano durante tres siglos, una flor que se marchitaría durante la mañana. ¿Era más apropiada que esas flores occidentales en el Shino de trescientos años de antigüedad? Pero había algo inquietante en la idea de una campanilla cortada.

—Uno creería que se marchitaría ante sus propios ojos —le dijo a la mucama durante el desayuno.

Recordó que había querido colocar peonías en el Shino.

Ya había pasado la época de las peonías cuando Fumiko le dio la jarra, pero podría haberlas encontrado si las hubiera buscado.

—Yo incluso me había olvidado de que teníamos esa calabaza. Fuiste inteligente al pensar en ella.

La mucama sólo movió la cabeza.

—¿Has visto a mi padre colocar campanillas allí?

—No. Pero las campanillas y las calabazas son ambas enredaderas y pensé...

—¡Ambas enredaderas! —Kikuji resopló. La poesía se había desvanecido por completo.

Comenzó a sentir la cabeza pesada mientras leía el diario y se recostó en la sala del desayuno.

—No te molestes en hacer la cama.

La mucama, que había estado lavando la ropa, apareció secándose las manos. Limpiaría su habitación, dijo.

Cuando regresó a la cama, no había una campanilla en el nicho.

Tampoco había una calabaza colgando de la columna.

—Bueno. —Quizás ella no había querido que viera la flor marchita.

Había resoplado ante la asociación de las dos enredaderas y, sin embargo, la manera de vivir de su padre parecía sobrevivir en la mente de la mucama.

La jarra Shino yacía desnuda en medio del nicho. Si la hubiera visto Fumiko, no habría dudas de que hubiera pensado que ese trato era cruel.

Al recibirla, él había colocado rosas blancas y pálidos claveles porque ella había hecho lo mismo ante las cenizas de su madre. Las rosas y los claveles eran flores que el mismo Kikuji había enviado para las ceremonias fúnebres del séptimo día.

El se había detenido y había comprado flores en el negocio en el que el día anterior había encargado que le enviaran flores a Fumiko.

Su corazón se inflamaría incluso al menor contacto con la jarra, y no había colocado más flores en ella.

A veces, en la calle, se sentía atraído por una mujer madura. Al darse cuenta, fruncía el ceño y murmuraba:

—Me estoy comportando como un criminal.

Miraba de nuevo y veía que, después de todo, la mujer no se parecía en absoluto a la señora Ota. > ;..., Eran tan sólo esas caderas amplias.

¡i, En momentos tales el deseo lo hacía casi temblar; y, sin embargo, la excitación y el temor se encontraban como en el momento de despertar después de delinquir.

—¿Y qué me ha vuelto un criminal? —La pregunta tendría que haberlo conmocionado y al mismo tiempo liberado del sentimiento; pero, en lugar de una respuesta, sólo aparecía un anhelo más intenso.

Sentía que no podía salvarse a menos que esquivara esos momentos cuando la sensación de la piel de la muerta llegaba hasta él tibia y desnuda.

A veces también se preguntaba si las dudas morales no habían agudizado sus sentidos al punto de la morbidez.

Colocó el Shino en su caja y se fue a la cama.

Mientras miraba hacia el jardín, oyó un trueno. Distantemente pero fuerte y en cada estampido más cerca.

Los rayos atravesaron los árboles del jardín. Pero cuando comenzó la lluvia, los truenos parecieron retirarse.

Era una lluvia violenta. Un vapor blanco se elevaba de la tierra del jardín.



Kikuji se levantó y llamó por teléfono a Fumiko.

—La señorita Ota se ha mudado.

—¿Disculpe? —Se sobresaltó. —Disculpe pero, ¿podría yo...? —Ella debía de haber vendido la casa. —Me pregunto si podría decirme dónde vive.

—Un momento, por favor. —Parecía una mucama.

Regresó de inmediato y le dio la dirección que, evidentemente, leía de una libreta.

—Está al cuidado del señor Tozaki. —Le dio un número de teléfono.

—;

La voz de Fumiko era vivaz.

—Hola. Siento haberlo hecho esperar.

—¿Fumiko? Soy Mitani. Llamé a tu casa.

—Lo siento. —Su voz se quebró, y sonó como la de su madre.

—¿Cuándo te mudaste?

—Yo...

—Y no me lo dijiste.

—Ya hace días que me *estay?quitmdo* una amiga. Vendí la casa.

—Ah, ¿sí?

—No sabía si debía decírselo o no. Al principio pensé que no debía, pero últimamente comencé a sentirme culpable.

—Deberías.

—¿De verdad? ¿Es tan amable como para pensar eso?

A medida que conversaban, Kikuji se sintió fresco y renovado, limpio. ¿Podía esta sensación resultar de una conversación telefónica?

—El Shino que me diste. Cuando lo miro, quiero verte.

—Ah, ¿sí? Tengo otro pequeño tazón cilíndrico para el té. Pensé en regalárselo, pero madre lo utilizaba todos los días como taza de té. Tiene su lápiz de labios marcado. y

■••■, —Ah, ¿sí? u ..Si —O eso solía decir madre. i

—¿El lápiz de labios simplemente quedó allí?

—"Simplemente quedó allí", no. Para empezar, el Shino era rojo, pero madre solía decir que no podía sacar el lápiz de labios del borde, no importaba lo mucho que lo intentase. Ahora que está muerta, a veces lo miro y parece haber una especie de destello en un lugar.

'•; ¿Era sólo una vana conversación? :-

>i Kikuji apenas soportaba escuchar.

—Tenemos una verdadera tormenta. ¿Cómo está

—Terrible. Me aterroricé con los truenos.

—Pero debería estar agradable después. Hace varios días que no voy al trabajo, y estoy ahora en casa. Si no tienes otra cosa que hacer, ¿por qué no vienes?

—Gracias. He tenido la intención de pasar a visitarlo, pero sólo cuando haya encontrado trabajo. Estoy pensando en ir a trabajar. —Antes de que él pudiera contestar, ella continuó: —Me alegra tanto que haya llamado. Lo *veré*. No debería verlo nuevamente, por supuesto.

Kikuji salió de la cama cuando el chaparrón ya había pasado. Estaba sorprendido ante el efecto de la conversación telefónica.

Y era extraño que su culpa con respecto al asun-

to Ota parecía desaparecer cuando escuchaba la voz de la hija. ¿Lo hacía sentir que la madre aún estaba con vida?

Pasó la brocha de afeitar por las hojas que había en la veranda, mojándola con el agua de la lluvia.

El timbre sonó poco después del almuerzo. Debía de ser Fumiko, pero era Kurimoto Chikako.

—Oh, tú.

—Qué calor que hace. Te he abandonado y pensé que debía visitarte.

—No he estado del todo bien.

—No tienes buen color —expresó con el ceño fruncido.

Había sido una tontería, pensó, asociar el sonido de los zuecos de madera con Fumiko. Fumiko estaría vestida a la manera europea.

—¿Te has hecho hacer dientes nuevos? —preguntó él—. Pareces más joven.

—Tengo tiempo libre durante la época de las lluvias. Al principio estaban demasiado blancos, pero se volvieron amarillos con rapidez. Quedarán bien.

La condujo a la sala, que también servía como su dormitorio. Ella miró el nicho.

—Siempre he hallado agradables los nichos vacíos —dijo Kikuji—. Nada colgando que a uno lo abrume.

—Muy agradable, con toda esta lluvia. Pero quizás unas flores, por lo menos. —Ella se volvió. —¿Qué hiciste con el Shino de la señorita Ota?

Kikuji no respondió.

—¿No deberías devolverlo?

—Eso creo que me corresponde decidirlo a mí.

—Me temo que no. -s'ĩ

—Tú no estás en posición de impartir órdenes.

—Eso tampoco es totalmente verdad. —Se rió y mostró sus blancos dientes. —He venido hoy para decirte lo que pienso. —En un rápido gesto llevó las manos hacia adelante y luego las abrió, como si ahuyentara algo. —Si no te deshaces de esa bruja...

—Suenas muy amenazadora.

—Pero yo soy la mediadora y voy a tener la última palabra.

—Si estás hablando de la joven Inamura, siento haber rechazado tu propuesta.

—Es muy miserable de tu parte rechazar a la muchacha porque no te gusta la mediadora. La mediadora es un puente. Adelántate, pisa el puente. Tu padre también lo hacía.

Kikuji no ocultó su desagrado.

Cuando Chikako se ponía a discutir, echaba los hombros hacia atrás.

—Te estoy diciendo la verdad. Soy diferente de la señora Ota. En cuanto a tu padre, yo fui un caso de poca importancia. No veo razón para ocultar la verdad: yo, por desgracia, no era su pasatiempo favorito. Apenas comenzó, estaba concluido. —Miró hacia abajo. —Pero no me arrepiento. Él fue bastante bueno como para utilizarme después, cuando le convenía. Como la mayoría de los hombres, hallaba más fácil utilizar a una mujer con la cual había tenido un romance. Y así, gracias a él, desarrollé una sana y buena disposición al sentido común.

—Yaveo.ííi-4>sí. •■'.-r^j?. •- . >>j .• t•'

—Deberías hacer uso de mi saludable sentido común.

Kikuji casi se sintió tentado de confiar en ella. Había algo en lo que había dicho.

Ella sacó un abanico del obi.

—Cuando una persona es demasiado hombre o demasiado mujer, en general, el sentido común no está allí.

—Ah, ¿sí? ¿El sentido común acompaña a los neutros, entonces?

—No seas sarcástico. Pero los neutros, como tú los llamas, no tienen problema en comprender a los hombres y a las mujeres también. ¿Has pensado cuán extraordinario es que la señora Ota haya sido capaz de morir teniendo una única hija? Parece bastante posible que haya tenido alguien a quien recurrir. Si muriese, ¿no podría Kikuji cuidar a la hija?

—¿De qué hablas?

—Pensé y pensé y, de pronto, me enfrenté con una sospecha: ella murió para interferir en tu matrimonio. Ella no murió simplemente. Había más en eso.

—Tus fantasías a veces pueden ser monstruosas. —Pero incluso mientras hablaba, se quedó boquiabierto ante la fuerza de la fantasía.

Se le apareció como el destello de un relámpago.

—Tú le contaste a la señora Ota sobre la joven Inamura, ¿no?

Kikuji lo recordaba, pero simuló ignorarlo.

—Fuiste tú, ¿no?, quien le dijo que todo ya estaba dispuesto...

—Así es. Le dije que no interfiriera. Fue la noche que murió.

Kikuji se quedó callado.

—¿Cómo sabes que telefoneé? ¿Vino ella a verte sollozando? —Lo había atrapado.

—Claro que sí. Puedo adivinar por la manera que rae gritaba por el teléfono.

—Entonces, es casi como si tú la hubieras matado, ¿no?

—Supongo que esa conclusión hace las cosas más fáciles para ti. Bueno, estoy acostumbrada a ser la villana. Cuando tu padre necesitaba una villana, me hallaba casi perfecta. No es exacto que esté devolviendo un viejo favor, pero hoy estoy aquí para desempeñar el papel de la villana.

Kikuji sabía que ella estaba dando rienda suelta a sus viejos y profundos celos.

—Pero no te preocupes por lo que ocurre entre bambalinas —dijo con desprecio—. No me importa en lo más mínimo si te quedas allí mirando encolerizado a la espantosa vieja que hace alboroto. Pronto me desembarazaré de la bruja y lograré un buen matrimonio para ti.

—Debo pedirte que dejes de hablar de ese buen matrimonio que estás haciendo para mí.

—Por cierto, yo no quiero hablar de la señora Ota más que tú. —Suavizó la voz. —No quiero decir que ella fuera mala. Ella tan sólo esperaba que, al morir, la hija fuera de manera natural para ti.

—Otra vez ese disparate.

—¿Pero no es verdad? ¿En verdad crees que cuando vivía no pensó ni una sola vez en casar a la hija contigo? Es estar muy distraído de tu parte. Despierta y

dormida, cerniéndose sobre tu padre, casi embrujándolo, solía pensar yo. Si quieres llamar puros a sus sentimientos, supongo que lo eran. Estaba medio desquiciada y se las ingenió para involucrar también a la hija y, al final, ofreció su vida. Puede haber sido pura pero, para el resto de nosotros, todo esto suena como una terrible maldición, como si una hechicera nos tendiera una red.

Los ojos de Kikuji encontraron los suyos.

Los pequeños ojos de ella se enfocaron en él.

Incapaz de deshacerse de ellos, Kikuji desvió la mirada. Se retrajo y dejó que continuara hablando. Su posición había sido débil desde un principio y esa extraña acotación lo había conmocionado.

¿La muerta había pensado realmente en casar a su hija con él? Kikuji no quería detenerse en esa posibilidad. Era una fantasía, producto de los celos ponzoñosos. De horribles sospechas que anidaban en su pecho como la horrible mancha de nacimiento.

Se sentía sumamente incómodo.

¿No había él anhelado lo mismo?

Por cierto el corazón de uno podía trasladarse de la madre a la hija; pero si, aún embriagado por el abrazo de la madre, él no había percibido que estaba siendo transferido a la hija, ¿no había sido, de hecho, presa de un hechizo?

¿Y su entera naturaleza no había cambiado después de conocer a la señora Ota? Se sintió aturdido.

La mucama entró.

—La señorita Ota dijo que pasaría más tarde si usted está ocupado.

—¿Ya se marchó, entonces?—Kikuji se puso de pie.

i; <;>■"■>tj;:?. ./,ki";jtú"':.

,íúffí.í ^uúí.>.,xixs ,w. :v. i.!-."- ■!..- o'!. ;"!■.,> ,j , \*\*;-;■ ú, ,y

—Fue bueno que telefonara hoy por la mañana.  
—Fumiko levantó la mirada, mostrando la completa curva de su largo y niveo cuello.

Había una sombra amarillenta en el hueco entre el cuello y el pecho.

Ya fuera el juego de la luz o una señal de cansancio, de alguna manera le dio un respiro.

—Kurimoto está aquí.

Pudo hablar con calma. Había salido sintiéndose tenso e incómodo, pero al ver a Fumiko la tensión lo abandonó de manera singular.

Ella asintió con la cabeza.

—Vi el paraguas de la señorita Kurimoto.

i- —Oh, ¿ése?

C Había un paraguas gris de mango largo junffíé-'i-lá puerta.

\$h

—¿Por qué no esperas en la casita del jardín? La vieja Kurimoto se marchará pronto.

Él se preguntó por qué, sabiendo que Fumiko llegaría, no había despedido a Chikako.

—En lo que a mí respecta, no importa.

•■■ —Entonces, entra.

Una vez que la hicieron pasar a la sala,



ludo a Chikako como si no sospechara ninguna hostilidad. Le agradeció las condolencias.

Chikako encorvó el hombro izquierdo y echó la cabeza hacia atrás, como cuando observaba a una discípula de la ceremonia del té.

—Tu madre era una persona tan noble. Siempre que veo a alguien como ella siento que estoy observando caer las últimas flores. Éste no es un mundo para la gente gentil.

—Madre no era tan gentil.

—Debe de haberla angustiado morir y dejar a su única hija.

Fumiko miró la puerta.

La boca con el labio inferior sobresalido estaba apretada con firmeza.

—Debes de sentirte sola. ¿Por qué no empiezas con las clases de té nuevamente?

—Pero... »! fe.» t<sub>t</sub>-,!

—Te dará algo en que pensar. .s" i , .\*». »i

—Pero me temo que no puedo afrontar tales lujos.

—Vamos, no es para tanto. —Chikako desdeñó la acotación con un gesto de las manos, que había mantenido entrelazadas sobre las rodillas. —De hecho, estoy aquí para ventilar la casita. La lluvia parece haber terminado. —Miró a Kikuji. —Fumiko está aquí también. ¿Lo hacemos?

—Disculpa...

—Pensé que se me podría permitir utilizar la pieza Shino que tienes como recuerdo de la madre de Fumiko.

Fumiko levantó la mirada. ; j>.;; ; ? r;

—Y todos podemos intercambiar recuerdos.

—Pero yo tan sólo sollozaré si voy a la casita del jardín.

—Lloremos. Todos daremos rienda suelta a un buen llanto. Yo no dispondré de la casita del jardín una vez que Kikuji se haya casado. Está llena de recuerdos, por supuesto, pero entonces... —Chikako se rió brevemente y luego se puso seria otra vez. —Una vez que hayamos concertado todo con la señorita Yukiko Inamura, sabes.

Fumiko asintió. Su rostro no demostraba la menor expresión.

Había, sin embargo, señales de fatiga en el rostro redondeado, que tanto se parecía al de su madre.

—Tú sólo abochornas a los Inamura al hablar de planes que no están definidos —dijo Kikuji.

—Yo hablo de un *posible* compromiso. Pero tienes razón. Son las cosas buenas las que atraen a los villanos. Debes simular que no has oído nada, Fumiko.

—Por supuesto. —Fumiko asintió nuevamente con la cabeza.

Chikako llamó a la doncella y salió para limpiar la casita del jardín.

—Tenga cuidado —gritó ella desde el jardín—. Las hojas aún están húmedas aquí en la sombra.

—Estaba lloviendo tan fuerte aquí que debí saberlo oído por el teléfono.

—¿Puedes oír la lluvia por el teléfono? Yo no estaba escuchando. ¿Puedes oír la lluvia en mi jardín?

Fumiko miró afuera, hacia los arbustos, detrás de los cuales se oía la escoba de Chikako.

Kikuji también miró hacia afuera.

—No lo pensé en el momento, pero después comencé a preguntarme. Fue un verdadero aguacero.

—Me aterrorizaron los truenos.

—Así dijiste por teléfono.

—Soy igual que mi madre en una serie de asuntos triviales. Cuando era pequeña y había truenos, madre solía cubrirme la cabeza con las mangas de su kimono. Y cuando salía en época de verano, levantaba la vista al cielo y preguntaba si alguien creía que habría truenos. Incluso hoy día, a veces, quiero cubrirme la cabeza. —La timidez pareció deslizarse desde sus hombros al pecho. —Traje el tazón Shino. —Se puso de pie.

Colocó el tazón, todavía envuelto en el pañuelo, ante las rodillas de Kikuji.

Kikuji, sin embargo, vaciló y entonces la misma Fumiko lo desató.

—¿Utilizaba tu madre el Raku como taza de todos los días? ¿Era un Ryonyu?

—Sí. Pero madre pensaba que el té común y corriente no quedaba apropiadamente ni en el Raku rojo ni en el negro. En su lugar ella utilizaba este tazón.

—Uno no puede distinguir el color del té en el tazón Raku negro.

Kikuji no realizó ningún movimiento para tomar el Shino que tenía delante.

—Dudo de que sea una muy buena pieza.

—Estoy seguro de que por cierto es muy buena.

—Pero todavía no estiraba la mano para tomarlo.

Era como Fumiko lo había descrito. El esmalte blanco transportaba una tenue sugerencia de rojo. A medida que uno lo miraba, el rojo parecía emerger desde lo más profundo del color blanco.

El borde era levemente marrón. En un lugar el marrón era más oscuro. ¿Era allí donde uno bebía?

El borde podía haberse manchado por el té y podía haberse manchado con los labios.

Kikuji miró el tenue marrón y sintió que allí había un toque de rojo.

¿Dónde se había estampado el lápiz de labios de la madre?

Había también un color rojo y negro en la rajadura. El color desteñido del lápiz de labios, el color rojo de una rosa marchita, el color de sangre vieja y seca. Kikuji comenzó a sentirse intranquilo.

Una sensación de náusea y de suciedad y una abrumadora fascinación surgieron simultáneamente.

Con un esmalte negro salpicado de verde y algún que otro toque de bermejo, voluminosas hojas de hierba rodeaban el borde del tazón. Limpias y saludables, las hojas fueron suficientes para disipar sus mórbidas fantasías.

Las proporciones del tazón eran fuertes y dignas.

—Es una pieza magnífica. —Kikuji por fin la tomó en sus manos.

—Realmente no sé, pero a madre le gustaba.

—Hay algo muy seductor en los tazones para té de las mujeres.

La mujer que había en la madre de Fumiko se le apareció nuevamente, tibia y desnuda.

¿Por qué Fumiko había traído este tazón manchado con el lápiz de labios de la madre? ¿Ella era ingenua, tenía falta de tacto o era insensible? Kikuji no podía determinarlo.

Pero la falta de resistencia de Fumiko parecía haber pasado a su persona.

Dio vuelta la taza una y otra vez sobre la rodilla. Evitó, sin embargo, tocar el borde.

—Guárdala. Habrá problemas si la vieja Kurimoto lave.

—Sí. —Ella la colocó en la caja y la envolvió.

Era evidente que había tenido intenciones de dársela, pero había perdido la oportunidad de decirlo. Quizás ella había sacado la conclusión de que a él no le gustaba.

Ella volvió a llevar el paquete al vestíbulo.

Con los hombros encorvados, Chikako llegó del jardín.

—¿Te importaría sacar la jarra de la señora Ota para el agua?

—¿No podrías utilizar una de las nuestras, ya que Fumiko está aquí?

—No comprendo. ¿No puedes ver que quiero utilizarla porque ella *está* aquí? Tendremos este re-

galo suyo mientras intercambiamos recuerdos de su madre.

—Pero tú odiabas a la señora Ota.

—En absoluto. Simplemente no estábamos hechas la una para la otra. ¿Cómo se puede odiar a una persona muerta? No estábamos hechas la una para la otra y yo no podía entenderla. Y en algunos aspectos la entendía demasiado bien.

—Tú siempre has sido aficionada a comprender a la gente demasiado bien.

—Deberían disponer las cosas para que no se les entendiera con tanta facilidad.

Fumiko apareció en la veranda y se sentó dentro de la habitación.

Encorvando el hombro izquierdo, Chikako se volvió para enfrentar a la muchacha.

—Fumiko, ¿podríamos utilizar el Shino de tu madre?

—Por favor, hágalo.

Kikuji sacó la jarra Shino de un cajón.

Chikako deslizó el abanico dentro del obi, se colocó la caja bajo el brazo y regresó a la casita del jardín.

—Fue algo bastante conmovedor oír que te habías mudado. —Kikuji se dirigió también hacia la veranda. —¿Vendiste la casa tú sola?

—Sí. Pero fue muy simple. Yo conocía a la gente que la compró. Vivían en Oiso mientras buscaban algo permanente y ofrecieron intercambiar las casas. La suya era muy pequeña, justo para mí, dijeron. Pero no puedo vivir sola, no importa lo pequeña que sea la casa y, si voy a trabajar, será más fácil vivir en un cuarto alquilado. Decidí vivir en la casa de un conocido.

—¿Has encontrado trabajo?

—No. Cuando soy franca conmigo misma, debo admitir que no hay nada para lo cual esté capacitada. —Fumiko sonrió. —Tenía intenciones de visitarlo, una vez que hubiera encontrado trabajo. Odiaba la idea de hablar con usted mientras aún estaba a la deriva, sin casa, sin trabajo, sin nada.

En momentos como ése *deberías* hablar conmigo, quería decir Kikuji. Pensó en Fumiko sola. No era una figura solitaria la que veía.

—Yo también estoy pensando en vender esta casa, pero lo pospongo y lo pospongo. Por querer vender he dejado sin atender los aleros, y tú puedes ver cuánto hace que no renuevo las esterillas.

—Se casará aquí, supongo —dijo ella sin afectación—. Puede renovarlos entonces.

Kikuji la miró.

—¿La historia de Kurimoto? ¿Crees que puedo casarme ahora?

—¿Por madre? Madre lo ha hecho sufrir suficiente. Debe pensar en ella como algo que terminó hace mucho tiempo.

“?t-’úú.)’éit(iÚl’ :tA. !S-:i”-

Limpiar la casita le llevó a la experimentada Chikako muy poco tiempo.

—¿Les agrada la compañía en la cual coloqué la jarra Shino? —preguntó. Kikuji no lo sabía.

Fumiko también permaneció callada. Ambos miraron la jarra Shino.

Frente a las cenizas de la señora Ota había sido un florero, y ahora estaba de vuelta en su antiguo oficio: una jarra de agua en la ceremonia del té.

Una jarra que había pertenecido a la señora Ota era ahora utilizada por Chikako.

Después de la muerte de la señora Ota, había pasado a su hija, y de Fumiko había pasado a Kikuji.

Había tenido un extraño destino. Pero quizá la rareza era algo natural en los recipientes de té.

En los trescientos o cuatrocientos años antes de que se convirtiera en propiedad de la señora Ota, había pasado por las manos de personas... ¿Con qué extraños destinos?

—Junto a la tetera de hierro, la jarra Shino se luce más aún como una bella mujer —dijo Kikuji a Fumiko—. Pero es lo bastante fuerte como para mantener su presencia junto al hierro.

El lustre resplandecía serenamente desde las profundidades del blanco.

Kikuji había dicho por teléfono que cuando miraba la jarra Shino quería ver a Fumiko

¿En la blanca piel de su madre había percibido la intensidad femenina?

Era un día cálido. Kikuji abrió las puertas correderas de la casita. Los arces reverdecían en la ventana detrás de Fumiko. La sombra de las hojas de un arce, capa tras capa, caía sobre el cabello de Fumiko. Su cabeza y el largo cuello estaban en la luz de la ventana y sus brazos, bajo las mangas cortas de un vestido que apa-



rentemente llevaba por primera vez, eran blancos con un toque de verde. Aunque no era regordeta, había en sus hombros cierta redondez, y había redondez en sus brazos también.

Chikako observaba la jarra. —Uno no puede darle vida a una jarra de agua a menos que la utilice para el té. Es un gran desperdicio atestarla con flores extrañas.

—Madre la utilizaba para flores también —dijo Fumiko.

—Es como un sueño, sentarse aquí con este recuerdo de tu madre. Estoy segura de que ella se siente feliz de vernos aquí como estamos.

¿Era sarcástica? Fumiko, sin embargo, no pareció notarlo.

—Deduzco que el señor Mitani quiere utilizarla como florero; yo, por mi parte, he dejado la ceremonia del té.

—Oh, no debes decir eso. —Chikako echó una mirada alrededor de la casita. —Me siento totalmente en paz cuando se me permite estar aquí. Yo voy a toda clase de casas como ésta, por supuesto. —Miró a Kikuji. —El año próximo será el quinto aniversario de la muerte de tu padre. Debemos realizar la ceremonia del té.

—Supongo que sí. Será divertido invitar a todo tipo de expertos y utilizar piezas de imitación desde el comienzo al final.

—Oh, vamos. No hay una sola pieza de imitación en toda la colección de tu padre.

—Ah, ¿sí? ¿Pero no crees que sería divertido? —le preguntó a Fumiko—. Esta casita siempre huele a un

veneno anticuado, y una verdadera ceremonia falsa puede ahuyentar el veneno. Hagámosla en memoria de mi padre y que sea también mi despedida de la ceremonia del té. Por supuesto, hace mucho que he puesto a prueba mi conexión con el mundo del té.

—¿Estás diciendo que una vieja entrometida viene a airear el lugar? —Chikako revolvía el té con un bati dor de bambú.

—Quizá lo estoy diciendo. <sup>s u) < j i > .</sup> ^ H; y ^

—No debes. Pero, por otra parte, supongo que está bien poner a prueba las viejas relaciones cuando has empezado a entablar nuevas. —Trajo té como una camarera que cumplía un pedido.

—Escucha sus bromas, Fumiko. Tú debes preguntarte si este recuerdo de tu madre no ha llegado al lugar inadecuado. Yo casi puedo ver el rostro de tu madre en él.

Kikuji bebió, colocó el tazón en el piso y observó la jarra Shino. Quizá Fumiko podía ver la figura de Chikako en la tapa negra laqueada.

Pero Fumiko permanecía sentada con aire ausente.

Kikuji no sabía si ella estaba resistiendo a Chikako o ignorándola.

Parecía raro que ella pudiera estar aquí en la casita del jardín con Chikako y no mostrar resentimiento.

Había permanecido impasible cuando Chikako habló del matrimonio de Kikuji.

A causa de la larga hostilidad hacia Fumiko y su madre, Chikako hacía que cada acotación fuera un insulto.

¿La pena de Fumiko era tan profunda que los insultos ondulaban por la superficie? í > i - . < ~

¿La muerte de su madre la había colocado más allá de ellos? ¿O había heredado la naturaleza de su madre, allí estaba en ella también, un extraño infantilismo que la dejaba incapaz de resistir, ya fuera que la amenaza surgiera en ella o en otro?

Kikuji no parecía dispuesto a protegerla del veneno de Chikako.

Él notó el hecho y le pareció que actuaba de forma extraña.

Y Chikako, ahora prestando servicio, le pareció también una figura extraña.

Ella sacó un reloj del obi.

—Estos pequeños relojes no sirven si una es corta de vista. ¿Por qué no me das el reloj de bolsillo de tu padre?

—Él no tenía reloj de bolsillo.

—Oh, sí, tenía. A menudo llevaba uno con él. Cuando iba a la casa de Fumiko también, estoy segura. —Chikako observó, con ojos saltones, su propio reloj.

Fumiko bajó la vista.

—Dos y diez, ¿no? Las manecillas corren juntas y forman un solo borrón. —Sus gestos se volvieron enérgicos y prácticos. —La señorita Inamura ha sido tan amable como para organizar un grupo de té y practican a las tres. Pensé que me detendría aquí en espera de tu respuesta antes de ir.

—Dile muy claramente que tendré que rechazarla.

—Ya veo. Se lo diré muy claramente. —Chikako enfrentó el momento crítico riéndose. —Alguna vez debo reunir el grupo de práctica en este lugar. ¿~ ~.~

—Quizá podamos hacer que la señorita Inamura compre la casa. La venderé de todos modos.

Chikako lo ignoró y se volvió, en cambio, a Fumiko.

—Fumiko, ¿por qué no vamos al menos parte del camino juntas?

—Sí.

—Demoraré unos minutos en guardarlas cosas. ■

—Permítame ayudarla.

—Me ayudarás, ¿no? —Pero Chikako se apresuró hacia la alacena sin esperarla.

Se oyó el ruido de agua.

—Aún tienes tiempo —dijo Kikuji en voz baja—.

No te marches con ella. <

Fumiko sacudió la cabeza. <\*>      \*.\*<<>

—Tengo miedo.

—No hay nada que temer.      »s!\*

—Tengomiedo.      Y '■'-'\*,'\*.'

—¿Por qué no te marchas y ÍÉgresat-CiuklliÉtf- te la hayas sacado de encima?      <?<      .> . . .

Pero Fumiko nuevamente sacudió la cabeza. Alisó la falda de su vestido de verano, arrugado por haber estado de rodillas.

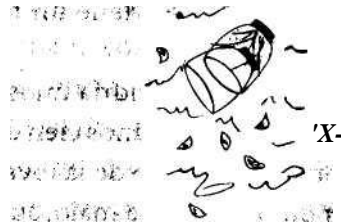
Kikuji, todavía arrodillado, estuvo a punto de estirar la mano.

Él pensó que ella se caería. Ella se ruborizó. Había enrojecido levemente ante la mención del reloj de bolsillo y ahora toda la vergüenza parecía estar en su máximo esplendor.

Ella llevó la jarra Shino a la alacena.

—Así que trajiste la jarra Shino de tu madre, ¿no?

—se oyó la voz ronca de Chikako.



f.

Kurimoto Chikako visitó a Kikuji para decirle que Fumiko y la joven Inamura se habían casado.

Con el cambio de hora, el cielo aún estaba brillante a las ocho y media. Después de la cena, Kikuji estaba tendido en la veranda; observaba la jaula con luciérnagas que había comprado la mucama. La luz blanca de las luciérnagas adquiría un tinte amarillo a medida que la tarde se convertía en noche. Sin embargo, no se levantó para encender la luz.

Había estado de vacaciones unos días, en la villa de un amigo en el Lago Nojiri, y había regresado esa misma tarde.

El amigo estaba casado y tenía un bebé. No acostumbrado a los bebés, Kikuji no supo si era grande para su edad o siquiera cuánto tiempo tenía.

—Un bebé bien desarrollado —dijo finalmente.

—En realidad no —respondió la esposa—. Era diminuto cuando nació. Ahora, por supuesto, está recuperándose.

Kikuji pasó una mano delante del rostro del bebé.

—No pestañea.

—Puede ver, pero pestañear viene un poco después.

Él había pensado que quizá tendría unos seis meses, pero en realidad tenía apenas unos cien días de vida. Comprendió por qué el cabello de la joven esposa parecía tan fino, por qué el color era malo; aún se estaba recuperando del parto.

La vida de la pareja se centraba en el bebé. Parecían tener tiempo sólo para el bebé y Kikuji sintió que lo dejaban un poco de lado. Pero, en el tren, cuando regresaba, la delgada figura de la esposa, cansada y de algún modo consumida por la vida, sosteniendo de manera ausente al bebé en sus brazos —una joven tranquila y dócil, uno se daba cuenta de inmediato—, la figura estaba con él y no lo abandonaba. El amigo vivía con su familia y quizá la esposa, de este modo, sola con su esposo en una villa a orillas de un lago después del nacimiento de su primer hijo, sintió la seguridad que le permitía el soñador respiro de no pensar.

En casa, ahora, recostado en la veranda, Kikuji recordó a la esposa con un cariño intenso, casi reverente.

Chikako cayó por sorpresa. Avanzó por la habitación.

—Bueno. Oscuro como boca de lobo, xj rJ.'- ■■

Se arrodilló en la veranda, a los pies de Kikuji.

—Es duro ser soltero. Tienes que yacer en la oscuridad y nadie enciende las luces para ti.

Kikuji cruzó las piernas. Permaneció así un rato y se incorporó disgustado.

—No, por favor. Quédate como estabas. —Ella extendió la mano como para bajarlo, luego realizó una formal reverencia. Había estado en Kioto y se había detenido en Hakone en su camino de regreso. En Kioto, en la casa de su maestro de té, había conocido a un tal Oizumi, un comerciante de utensilios para el té.

—Hablamos y hablamos de tu padre. Realmente, fue la primera buena conversación en mucho tiempo. Oizumi dijo que me mostraría la posada que tu padre utilizaba para sus encuentros secretos, y fuimos a una pequeña posada en Kiya-machi. Supongo que tu padre se quedaba allí con la señora Ota. ¿Y qué sugirió Oizumi sino que yo me quedara allí? Muy poco sensible de su parte. Con tu padre y la señora Ota muertos, incluso alguien como yo se sentiría un poco extraña en ese lugar en medio de la noche.

Kikuji no dijo nada. Chikako estaba apenas mostrando su propia sensibilidad, pensó.

—¿Has estado en el lago Nojiri? —Ella ya sabía la respuesta. Era su estilo averiguar de la mucama la fecha de llegada y aparecer sin que la anunciaran.

—Regresé hace unos minutos —respondió Kikuji con malhumor.

—Yo hace días que regresé —la respuesta de Chikako también fue brusca. Abruptamente, encorvó el hombro izquierdo. —.. .Y al regresar encontré que

algo muy desgraciado había sucedido. Me horroricé. Algo terrible, no sé cómo hacer para enfrentarte.

Le dijo que la joven Inamura se había casado.

En la oscuridad, Kikuji no tuvo que ocultar su sorpresa.

Pudo responder con frialdad.

—Ah, ¿sí? ¿Cuándo?

—Hablas como si no te concerniera.

—Pero yo di mi negativa más de una vez.

—Al menos en la superficie lo hiciste. Así querías que pareciera. Querías que pareciera que no estabas interesado, y una vieja entrometida apareció alborotando, y apremiaba y apremiaba. Muy molesto. Pero la muchacha en sí misma estaba bien.

—¿De qué hablas? —Kikuji se rió burlonamente.

—Me imagino que la joven te gustaba bastante.

—Una joven muy agradable.

—Yo vi todo.

—El hecho de que yo piense que es una muchacha muy agradable no significa que quiera casarme.

Sin embargo, había sentido un puñal en el corazón y, como si tuviera una sed violenta, luchaba por dibujar el rostro de la joven en su mente.

La había visto sólo dos veces.

Para exhibirla, Chikako la había hecho hacer té en el Templo Engakuji. Su desempeño había sido simple y elegante, y la imagen de sus hombros y las largas mangas del kimono aún estaba vivida; y la del cabello también, radiante de luz a través de las puertas de papel. Las sombras de las hojas sobre el papel, la serville-



ta rojo brillante, el pañuelo rosa de crespón bajo su brazo mientras caminaba por los jardines del templo hacia la casita del jardín, las mil grullas blancas: todo eso flotaba vivamente en su cabeza.

La segunda vez, ella había aparecido aquí y Chikako había hecho té. Al día siguiente, Kikuji había sentido que el perfume de la muchacha persistía. Incluso hoy podía ver su obi con lirios siberianos, pero su rostro lo eludía.

Él no podía recordar los rostros de su madre ni de su padre, que habían muerto hacía tres o cuatro años. Él miraba un cuadro y allí estaban. Quizá las personas eran progresivamente más difíciles de representar en la mente cuanto más cercanas, más amadas eran. Quizá los recuerdos nítidos llegaban más fácilmente en proporción a su fealdad.

Las mejillas y los ojos de Yukiko eran recuerdos abstractos, como efectos de luz, y el recuerdo de la mancha de nacimiento de Chikako en su pecho era algo concreto como un sapo.

Aunque la veranda ahora estaba a oscuras, Kikuji podía ver que Chikako llevaba puesta una camiseta de crespón blanca bajo el kimono. Aunque hubiera sido de día no hubiera podido ver la mancha; pero estaba allí, frente a él; aquello era más visible en la oscuridad.

—Bueno, la mayoría de los hombres no dejarían que una muchacha se les escapara mientras están pensando qué muchacha agradable era. Después de todo hay una sola Yukiko en este mundo. No la encontrarás otra vez aunque te pases la vida entera buscando. Es la

cosa más simple que tú no entiendes. —Su gesto era francamente regañón. —Eres inexperto y engreído. Bueno, esto ha cambiado su vida y ha cambiado la tuya. Ella estaba muy interesada. No podemos negar, ¿no?, que eres responsable si su matrimonio no es feliz...

Kikuji no respondió.

—La miraste bien, supongo. ¿No te molesta pensar que en los años venideros, a partir de ahora, una muchacha como ella te recordará y pensará cuánto mejor hubiera sido haberse casado contigo?

Había malicia en su voz.

Pero si la muchacha ya estaba casada, ¿por qué era necesario todo esto?

—¿Luciérnagas? ¿En esta época del año? —Echó la cabeza hacia adelante. —Es casi otoño. ¿Hay luciérnagas todavía por aquí? Como fantasmas.

—La mucama las trajo.

—Es la clase de cosa que hacen las mucamas. Si estuvieras estudiando para la ceremonia del té, no lo tolerarías. Puede que no lo sepas, pero en el Japón tenemos mucha conciencia de las estaciones.

Había por cierto algo fantasmal en las luciérnagas. Kikuji recordó los insectos otoñales que habían estado zumbando en las orillas del lago Nojiri. Luciérnagas muy extrañas, vivas aun ahora.

—Si tuvieras esposa, no te deprimirías con cosas del fin de las estaciones. —De pronto su tono era suave e íntimo. —Pensé en hacer los preparativos para tu matrimonio como un servicio a tu padre.

—¿Un servicio?

*tí,,:■§-../jm\.*

—Sí. ¿Y qué más sucede mientras tú yaces en la oscuridad mirando las luciérnagas? La muchacha Ota también se casa.

—¿Cuándo? —Kikuji se sintió aún más perplejo.

Su muestra de compostura le pareció notable, pero algo en su voz debió de haberlo delatado.

—Yo me conmocioné tanto como tú al regresar de Kioto y enterarme. Ambas se escapan y se casan, como si lo hubieran debatido de antemano. Los jóvenes no dan aviso, ¿no? Allí estaba yo, complacida de que Fumiko amablemente se hubiera apartado, ¿y no se casa también la joven Inamura? Y la manera en que lo hizo. Podría haberme cacheteado también. Bueno, todo es por tu indecisión.

Kikuji tenía problemas en creer que Fumiko también se había casado.

—Después de todo, la señora Ota tuvo éxito en arruinar tu matrimonio, aun cuando tuvo que morir para hacerlo. Pero quizá la bruja nos abandone, ahora que Fumiko está casada. —Chikako miró hacia el jardín. —¿Por qué no te serenas y podas los árboles? Incluso en la oscuridad puedo ver cómo los dejaste crecer. El jardín más tenebroso en el que alguna vez estuve.

Kikuji no había llamado a un jardinero en los cuatro años que habían pasado desde la muerte de su padre. Por cierto había dejado que el jardín creciera. Un desagradable olor a humedad que provenía de allí le recordó el pleno calor del día.

—Y supongo que la mucama no sabe nada acerca de riego. Podrías mencionárselo, al menos.

—No estoy seguro de que sea asunto tuyo. -Í  
Pero aunque fruncía el ceño ferozmente ante cada acotación, la dejaba continuar hablando. Así sucedía cada vez que la veía.

Incluso cuando ella lo fastidiaba, buscaba congraciarse y sondeaba. Él estaba acostumbrado a la treta. Mostraba abiertamente su disgusto y estaba a la defensiva. Chikako sabía todo eso y la mayoría del tiempo simulaba ignorancia. Cada tanto le permitía ver cuánto sabía.

Hasta cuando ella lo fastidiaba, él rara vez decía cosas que asombraran por su incongruencia. Todo se desarrollaba con esa autoaversión que se había convertido en parte de la naturaleza de Kikuji.

Esta noche ella estaba sondeando para ver cómo había reaccionado ante las nuevas. Él estaba en guardia. ¿Cuál podía ser la razón de Chikako? Ella buscaba casarlo con Yukiko y alejar a Fumiko y, aunque no estaba en posición de preguntarle cómo se podía sentir ahora, continuaba escarbando en las sombras.

Kikuji pensó en encender las luces de la habitación y la veranda. Era extraño estar allí en las sombras con Chikako. No eran para nada tan íntimos. Ella le dio un consejo sobre el jardín y él lo desdeñó como a una de las tantas cosas que ella decía. Y, sin embargo, parecía una tontería ponerse de pie y encender las luces.

Y Chikako, aunque había hablado de la oscuridad en el mismo momento en que entró, no hizo ningún movimiento para incorporarse. Estar al servicio era su costumbre y, por cierto, su arte, pero Kikuji podía ver

que su ardor por servirlo había disminuido. Quizás ella estaba envejeciendo. Quizás, ella recuperaría nuevamente su dignidad como experta en la ceremonia del té.

—Yo sólo transmito un mensaje de Oizumi en Kioto —dijo con indiferencia—, pero si alguna vez te decides a vender la colección de tu padre, a él le gustaría organizar la venta. Si tienes intenciones de hacer un esfuerzo y comenzar una nueva vida, ahora que Yukíko ha huido, no creo que estés de humor para el té. Me pone un poco triste abandonar el trabajo que tenía cuando tu padre estaba vivo, pero supongo que la casita del jardín sólo recibe la ventilación que yo le doy.

—Bueno, bueno. —Kikuji lo veía todo.

Sus objetivos eran demasiado claros. Habiendo fracasado en disponer el matrimonio con Yukíko, no vería más a Kikuji y, como despedida, formaría una sociedad con Oizumi para apoderarse de la colección. Había discutido las condiciones en Kioto.

Kikuji se sintió menos enfadado que aliviado.

—Estoy pensando también en vender la casa. Quizás unos de estos días te llame.

—Podemos sentirnos seguros con alguien que ha visitado la casa con asiduidad desde la época de tu padre

Kikuji sospechó que ella sabía mejor que él lo que había en la colección. Posiblemente ya había calculado las ganancias.

Kikuji miró hacia la casita del jardín. Frente a ella había un gran laurel repleto de flores, un vago borrón

blanco. En cuanto al resto, la noche era tan oscura que tenía dificultades en seguir la línea entre los árboles y el cielo.

...

...

Una tarde, a punto de abandonar la oficina, **Kikuji** recibió una llamada por teléfono. »h?)

o —Soy Fumiko —oyó una voz muy pequeña, J; ;\¿í í,

"i —Hola. ES :Hgi.

—Soy Fumiko. > r, r' r'

—Oh, sí. Te reconocí.

—Pensé en verlo en persona, pero hay algo por lo que debo disculparme. Si no telefono será demasiado tarde.

—¿Disculpa? • .- • !. i 31 \ r/j >'

—Eché una carta ayer en el correb, **fitxéo** **quetné** olvidé la estampilla. '^ > s' > 4/

—Ah, ¿sí? No ha llegado todavía. - \*\*\*\*\* \* :''

—Cuando fui a echarla compré diez estampillas y aún tenía diez cuando regresé a casa. Debo de haber estado pensando en alguna otra cosa. Quería disculparme antes de que usted reciba la carta.

—¿Eso es todo? Realmente, no deberías preocuparte. —Kikuji se preguntó si la carta era para comunicarle su casamiento.

—¿Disculpa? Siempre hablamos por teléfono y ésta es la primera vez que le he escrito. Debo de haber-

me olvidado la estampilla mientras me preguntaba si enviarla o no.

—¿Desde dónde llamas?

—Un teléfono público. La Estación Central de Tokio. Alguien espera la cabina.

—¿Un teléfono público? —Kikuji no estaba demasiado satisfecho. —Felicitaciones.

—¿Qué? Gracias. Finalmente lo logré, pero, ¿cómo lo sabe?

—Kurimoto me lo contó.

—¿La señorita Kurimoto? ¿Cómo lo sabe? Qué persona tan aterradora.

—Supongo que ya no ves más a la señorita Kurimoto. La última vez oí la lluvia por el teléfono, ¿recuerdas?...

—Así dijo. Recién me había mudado y me preguntaba si decírselo. Esta vez es lo mismo.

—Deberías habérmelo dicho. Desde que me enteré por Kurimoto me he estado preguntando si debía felicitarte.

—Y yo simplemente desaparecí... Es un tanto triste, ¿no? Quien desapareció... —Su voz se desvanecía, igual que la de su madre.

Kikuji se quedó callado. ' i

—Pero yo tengo que ser quien desaparece. —Hubo una pausa. —Es un pequeño cuartucho mugriento. Lo encontré cuando encontré trabajo.

—¿Disculpa? i

—No fue fácil comenzar a trabajar en la época más calurosa del año.

—Imagino que no. Y recién casada, además.

•'■ —¿Casada? ¿Dijo "casada"?

—Felicitaciones.

ii •>■ Oí?

—¿Yo? ¿Casada?

■■ —Estás casada, ¿no? ..' .<

—¿Yo? nr-i:-.- d ...i-q,-:í ÍTÍ>K -p-. .'. >' ; <

—¿No te casaste? ■ O;í|í'²;J-' j o;;:s->;,»} o j ü. ■■-

—¡No, no! ¿Cómo podría?Gott la «cí«n»(muerte

demimadre... .■,■!■'■',.■'':-i;-r,|; >i a> ^..VA \ -■

—Ya veo. ' ) ■ . i ' .

—¿La señorita Kurimoto dijo que me casé? ■■-■•■

\*\*> / ■ —Lo hizo.

—¿Por qué? ¿Por qué lo dijo? ¿Yusted lo creyó? —la pregunta parecía dirigirse a medias a la misma Fumiko.

—No es bueno hablar esto por teléfono —dijo Kikuji con decisión—. ¿No puedo verte?

■n —Sí. ?VV.- -

—Iré a la Central de Tokio. Espérame allí. \*¹ te %axi\$-; j y-fi —Pero... ^ —¿Hay otro lugar en donde preferirías encontrarme?

—Me disgusta encontrarme con gente en lugares extraños. Iré a su casa. ' -; , \* >rn i ■

. —¿Vamos juntos? v " < \* . " \* ' : < ' . ' .

—Eso significaría encontraiftOlilín algúA lugar. •

—¿No puedes venir aquí? fc¿ < : ' ~

«ti —No. Iré a su casa yo sola. •■'■ " " > " Mí —Ah, ¿sí?

Bueno, me marcho ahora. Sí llegas primero, entra.

Al tomar un tren de la Central de Tokio, ella llegaría antes que él. Sin embargo, se preguntó si no estarían en el mismo tren. Kikuji la buscó entre la muchedumbre, i- ■ , ••■\* . «■» . , ~V. «XJ ■ - ..... •[■: «4íí^L.f''' ■•



Ella había, por cierto, llegado antes.

Estaba en el jardín, dijo la mucama. Kikuji dio vuelta a la casa y la vio sentada en una piedra a la sombra del laurel blanco.

Desde la visita de Chikako hacía unos días, la mucama había tenido el esmero de rociar los arbustos antes de que Kikuji llegara a la casa. Utilizaba una vieja canilla del jardín.

La piedra en donde apoyaba las manos Fumiko parecía húmeda.

Cuando un laurel rojo se inunda de flores, el rojo contra las gruesas hojas verdes es como la llamarada del cielo de verano; pero cuando las flores son blancas el efecto es opulento y refrescante. Los ramilletes blancos se inclinaban levemente y rodeaban a Fumiko. Llevaba puesto un vestido de algodón blanco, ribeteado en los bolsillos y en el cuello volcado con cintas finas de color azul profundo.

La luz del sol, que venía del oeste y pasaba por encima del laurel, caía sobre Kikuji.

—Es bueno verte. —Había nostalgia en su voz mientras se acercaba a ella.

Ella había estado a punto de hablar.

—Por teléfono, hace unos minutos...

Al ponerse de pie pareció rehuirle. Quizás había sentido que, a menos que lo detuviera, él le tomaría la mano.

—Usted dijo eso, y he venido a negarlo.

—¿Que estás casada? Me sorprendí mucho.

—¿Sorprendido de que estaba o de que no estaba?

—Miró el piso.

—Bueno, ambas cosas. Cuando oí que estabas casada y, nuevamente, cuando oí que no lo estabas.

—¿Las dos veces?

—¿No debería haberlo sentido? —Kikuji caminó por las piedras. —Vamos hacia adentro. Tú podrías haber esperado adentro, sabes. —Se sentó en la veranda. —Yo había regresado de un viaje y estaba echado aquí. Kurimoto entró de improviso. Era de noche.

La mucama llamó a Kikuji para que entrara en la casa, probablemente para confirmar las instrucciones para la cena que él le había impartido por teléfono desde la oficina. Cuando estaba dentro, se cambió la ropa por un kimono blanco de lino.

Fumiko parecía haberse empolvado el rostro. Lo esperó para sentarse de nuevo.

—¿Qué dijo exactamente la señorita Kurimoto? ;  
-,-, —Sólo que estabas casada.

;  
—¿Lo creyó?

r- —Bueno, fue la clase de mentiras que no puedo creer que alguien diga.

—¿Ni siquiera dudó? —Los ojos casi negros estaban húmedos. —¿Podría casarme ahora, sería posible? ¿Cree que podría? Madre y yo sufrimos juntas, y con el dolor todavía aquí... —Era como si su madre aún estuviera viva. —Madre y yo abusamos demasiado de la gente, pero esperamos que nos entiendan. ¿Es imposible? ¿Estamos viendo nuestros reflejos en nuestros propios corazones? —Su voz osciló al borde del llanto.

Kikuji se quedó callado un rato.

—No hace mucho tiempo dije lo mismo. Pregunté

si pensabas que podía casarme. El día de la tormenta,  
¿no?

—¿El día de los truenos? —Tí ;

■.' :i —Y ahora me lo dices a mí. -,!,,, , o\_i/l ■ .-\*. ; ; , .,

i —Pero es diferente. ; ; , i & , í

•■), > —Tú dijiste varias veces que me casaría.

—Pero su caso es tan distinto. —Lo miró con los  
ojos llenos de lágrimas. —Usted es diferente de mí.

; / ; —¿Cómo? v/■»»»:?. •.. ' \*i, »M.-, <- -i-

0.-.

r~j —Su posición, su lugar. ( í • ; í í ; ; J í í ' / ; • .

—¿Mi posición? i,-

—Su posición es distinta. ¿No debería decir "posi-  
ción"? Diré el grado de oscuridad, entonces. ■■ < ■'■

—En una palabra, ¿la culpa? La mía es más pro-  
funda.

—No. —Ella sacudió la cabeza con violencia y se le  
escapó una lágrima que dibujó una extraña línea des-  
de el extremo del ojo izquierdo hasta la oreja. —La cul-  
pa fue de madre y ella murió, si es que tenemos que ha-  
blar de culpa. Pero no creo que haya sido culpa. Sólo  
pena.

Kikuji se quedó sentado con la cabeza gacha.

—Si hubiera sido culpa —continuó ella—, es posi-  
ble que nunca pasara. Pero la pena sí.

—Cuando hablas de oscuridad, ¿no estás haciendo  
que la muerte de tu madre sea más oscura de lo nece-  
sario?

—Debería haber dicho el grado de pena. ■ ^ . > .

Es el grado de amor, quería añadir él, pero se con-  
tuvo.

—Y está el asunto de usted y Yukíko. Eso lo hace di-

ferente de mí. —Hablaba como si quisiera que la conversación regresara a la realidad. —La señorita Kurimoto pensó que madre intentaba interferir y pensó que yo me interponía también. Y por eso dijo que estaba casada. No puedo pensar en ninguna otra explicación.

—Pero ella dijo que la joven Inamura también se había casado.

Por un instante pareció que su rostro iba a desintegrarse. Nuevamente sacudió la cabeza con violencia.

—Una mentira, una mentira. Es también mentira. ¿Cuándo?

—¿Cuándo se casó? Recientemente, supongo.

—Seguro que es una mentira.

—o —Cuando oí que ambas se habían casado, pensé que era posible en tu caso —dijo él en voz baja—. Pero en el otro caso tiene que ser verdad.

—Es mentira. Nadie se casa con este calor. Con un kimono de verano, despidiendo sudor, ¿se lo imagina?

—¿No existe una boda en el verano?

—Sólo muy de vez en cuando. La gente pospone las bodas para el otoño, o... —Por alguna razón las lágrimas asomaron a sus ojos nuevamente, y cayeron sobre sus rodillas. Observó la mancha húmeda. —Pero, ¿por qué la señorita Kurimoto diría esas mentiras?

—Me engañó astutamente, ¿no? —Kikuji reflexionó por un rato. Pero, ¿qué la había hecho llorar?

Era cierto que, al menos, la información sobre Fumiko era una mentira.

¿Chikako había dicho que Fumiko estaba casada para alejarlo, cuando, en realidad, estaba casada la joven Inamura? Consideró las posibilidades.

Sin embargo, había algo en eso que no podía aceptar. Él comenzó a sentir que también ella había mentido.

—Bueno, mientras no sepamos si es mentira o verdad, no sabremos el alcance de la travesura de Kurihito.

—¿Travesura?

—Podemos llamarla así.

—Pero si yo no hubiera telefoneado hoy, habría pensado que estaba casada. Una buena travesura.

La mucama llamó de nuevo a Kikuji.

Él regresó con una carta en la mano.

—Tu carta, y sin estampilla. —La dio vuelta con ligereza.

—No, no. No debe mirarla. —Se acercó, todavía arrodillada, e intentó sacársela de las manos. —Dé-mela.

Con un rápido movimiento, Kikuji escondió las manos detrás de sí.

La mano izquierda de Fumiko cayó sobre la rodilla de Kikuji, y la derecha se estiró para tomar la carta. Con la mano izquierda y la mano derecha realizando contradictorios movimientos, perdió el equilibrio. Tenía la mano izquierda detrás para impedir caer contra Kikuji, la derecha sostenía la carta, ahora detrás de Kikuji. Inclinandose a la derecha, estaba a punto de caerse. Un costado de su rostro caería contra el pecho de Kikuji, pero se alejó con flexibilidad. El peso de su mano izquierda sobre la rodilla de Kikuji era increíblemente liviano. Él no podía entender cómo había mantenido la parte superior de su cuerpo, retorcido y a punto de caerse.

Él se había puesto rígido a medida que ella se le lanzaba encima, y ahora quería gritar ante la extraordinaria flexibilidad. Era intensamente consciente de la mujer. Era consciente de la madre de Fumiko, la señora Ota.

¿En qué instante ella se había recuperado y alejado? ¿Dónde había perdido su fuerza? Era una flexibilidad imposible. Era como el instinto más profundo de una mujer. Justo cuando esperaba que ella cayera pesadamente encima de él, estaba cerca, una tibia fragancia. Eso fue todo.

La fragancia era fuerte. Llegó con intensidad: la fragancia de una mujer que había estado trabajando en un día de verano. Sintió el olor de Fumiko, y el de su madre. El olor del abrazo de la señora Ota.

—Devuélvemela. —Kikuji no mostró resistencia. —Voy a romperla.

Ella se dio media vuelta y rompió la carta en pequeños pedacitos. El cuello y los brazos desnudos estaban húmedos de transpiración.

Había empalidecido cuando caía en su dirección y se había recuperado. Luego, arrodillada otra vez, había enrojecido y, en ese tiempo, pareció que la transpiración se había evaporado. \* ... . •

## I

si La cena, de un proveedor cercano, no fue interesante, exactamente lo que uno podía esperar.

La taza de té de Kikuji era el cilíndrico tazón Shino. La mucama se lo trajo, como de costumbre.

Él lo notó, y los ojos de Fumiko estaban fijos en el tazón.

—¿Ha estado utilizando ese tazón? > i  
\_ cí

—No debería. —Él percibió que ella no estaba tan incómoda como él. —Me arrepentí después de haberse lo dado. Lo mencioné en la carta.

—¿Qué decías?

—Que... Bueno, me disculpaba por haberle dado una mala pieza Shino.

—No es una mala pieza en absoluto.

—No puede ser un buen Shino. Madre lo utilizaba como taza de té común y corriente.

—En verdad yo no sé, pero me imagino que es un muy buen Shino. —Tomó el tazón en sus manos y lo observó.

—Hay piezas Shino mucho mejores. El tazón le recuerda a otra y la otra es mejor.

—No parece haber ninguna otra pieza pequeña en la colección de mi padre.

—Aun cuando usted no la tenga aquí, las ve. Otros tazones aparecen en su mente cuando bebe de éste y piensa cuánto mejores que éste son. Me pone muy triste, y a madre también. , Kikuji respiró hondo.

, —Pero yo me estoy alejando cada vez más del té. No tengo ocasión de ver tazones de té.

—No sabe cuándo puede ver uno. Usted debe de haber visto piezas mucho más finas.

' —¿Estás diciendo que una persona sólo puede dar la más fina?

—Sí. —Fumiko lo miró abiertamente, con afirmación en sus ojos. —Eso es lo que pienso. Le pedía en mi carta que lo rompiera y arrojara los pedazos a la basura.

—¿Romperlo? ¿Romper esto? —Kikuji procuró desviar la embestida que lo abrumaba. —Es del antiguo horno Shino, debe de tener unos trescientos o cuatrocientos años de antigüedad. Al principio, es probable que fuera una pieza común para la mesa, pero ha pasado mucho tiempo desde que se convirtió en un tazón para té. Hubo personas que lo cuidaron y lo pasaron, algunas de ellas pueden haberlo llevado durante largas travesías con ellas. No puedo romperlo sólo porque me dices que lo haga.

En el borde del tazón, había dicho ella, había una mancha del lápiz de labios de la madre. Su madre, aparentemente, le había dicho que una vez que el lápiz de labios estaba allí no se borraría, sin importar lo fuerte que ella frotara y, por cierto, desde que Kikuji había tenido el tazón lo había lavado sin lograr quitar esa mancha oscura del borde. Era marrón claro, muy distinta del color del lápiz de labios y, sin embargo, había una leve tonalidad roja no imposible de interpretar como un viejo, desteñido lápiz de labios. Podía ser el rojo del mismo Shino o, puesto que la parte delantera del tazón era de donde se bebía, una mancha podía haber quedado de los labios de dueños anteriores a la señora Ota. La señora Ota, sin embargo, era, probablemente, quien más lo había utilizado. Había sido su taza de té de todos los días.

¿Había sido la señora Ota la primera en pensar uti-



lizarlo? ¿O lo había **hecho el padre de Kiküfi**? Se preguntó él.

Él también había sospechado que la señora Ota, con su padre, habían utilizado los dos tazones cilindricos Raku, como la taza de té "marido-esposa" de todos los días.

Entonces, ¿su padre había hecho que ella convirtiera la jarra de agua Shino en un florero? ¿Había hecho que ella colocara rosas y claveles en ella? ¿Y había hecho que ella utilizara el pequeño tazón Shino como taza de té? ¿Había pensado, en esos momentos, que ella era hermosa?

Ahora que ellos dos estaban muertos, la jarra de agua y el tazón habían llegado a Kikuji. Y Fumiko había llegado también.

—No es un capricho infantil. Realmente desearía que lo rompiera. Le gustaba la jarra para el agua que le di y recordé el otro Shino y pensé que combinaría con la jarra. Pero después me sentí avergonzada.

—No debería utilizarse como taza de té. Es demasiado bueno.

—Pero hay tantas piezas mejores... Beberá de éste y pensará en ellas. Me sentiré muy desgraciada.

—¿Pero tú de verdad crees que solamente puedes regalar las piezas más exquisitas?

—Depende de la persona y de las circunstancias.

Las palabras transmitían significativas alusiones. ¿Fumiko era tan amable como para pensar que un recuerdo de su madre, un recuerdo de la misma Fumiko —quizás algo más íntimo que un recuerdo—, sólo podía existir si la pieza era la más fina?

El deseo, el ruego de que sólo la más fina quedara para recordar a su madre invadió a Kikuji. Llegó como la más exquisita de las emociones, y la jarra de agua era su testigo.

La misma superficie del Shino resplandeciendo, cálidamente fría, le hizo pensar en la señora Ota. Tal vez porque la pieza era tan fina, el recuerdo estaba desprovisto de la oscuridad y de la fealdad de la culpa.

Mientras miraba la pieza maestra que era, sintió de manera muy fuerte la pieza maestra que había sido la señora Ota. En una pieza maestra nada es impuro.

Él miraba la jarra y quería ver a Fumiko, se lo había dicho por teléfono ese día tormentoso. Había podido decirlo sólo porque el teléfono se interponía entre ambos.

Fumiko había respondido que tenía otra pieza Shino y le había llevado el tazón.

Probablemente era verdad que el tazón era más débil que la jarra.

—Me parece recordar que mi padre tenía un cofre portátil de té. Solía llevarlo cuando viajaba —reflexionó Kikuji—. El tazón que guardaba allí debe de ser mucho peor que éste.

... —¿Qué clase de tazón es? . . .

—Nunca lo he visto.

—Muéstrémelo. Seguro que es mejor. Y si lo es, ¿podría romper el Shino? >,, —Un juego peligroso.

Después de la cena, mientras con habilidad separaba semillas del melón, Fumiko lo presionó de nuevo para que le mostrara el tazón.

Kikuji envió a la mucama para que abriera la casita y salió al jardín. Había tenido intenciones de traer consigo el cofre pero Fumiko fue con él.

—No tengo idea de dónde puede estar —gritó—. Kurimoto sabe mucho mejor que yo.

Fumiko estaba a la sombra del laurel cargado de flores. Él podía ver, bajo las ramas blancas de menor altura, los pies con medias en zuecos de jardín.

El cofre de té estaba en un armario al costado de la alacena.

Kikuji lo llevó a la habitación principal y lo colocó delante de ella. Ella se arrodilló con respeto, como si esperara que él desarrollara el envoltorio pero, después de un rato, se estiró para hacerlo ella.

—Si me permite mirar, entonces.

—Tiene un poco de polvo. —Kikuji tomó el cofre por el envoltorio y le quitó el polvo sobre el jardín. —La alacena está repleta de insectos; había una chicharra muerta en el armario.

—Pero la habitación está limpia.

—Kurimoto la limpió cuando vino a contarme que tú y la joven Inamura estaban casadas. Era de noche y debe de haber encerrado a la chicharra en el armario.

Al sacar lo que aparentaba ser un tazón para té, Fumiko se inclinó profundamente para desenvolver el papel. Sus dedos temblaban ligeramente.

Los redondeados hombros estaban echados hacia adelante y, a Kikuji, al mirarla de perfil, el largo cuello le pareció aún más largo.

Había algo cautivante en su labio inferior sobresalido, que se adelantaba proporcionalmente a la boca

que cerraba con seriedad, y en la forma de los lóbulos de las orejas.

Ella lo miró.

>\*t...

'¿,:

■\*\*"■.■"

■ —Es un Karatsu<sup>10</sup>. ;b ; ■;■. -A > i o r4-;

Kikuji se acercó, ¿i...- ■■■><\*.■ >Xí "f.:<?> ?;;«\*.?; t>.v'

—Es un tazón muy bueno. —Ella lo colocó sobre la esterilla del piso.

Era un tazón Karatsu cilíndrico y pequeño, el cual, como el Shino, podía ser utilizado todos los días.

—Es fuerte. Digno, mucho mejor que el Shino.

—Pero, ¿se puede comparar un Shino con un Karatsu?

—Uno puede si los ve juntos.

Atraído por el poder del Karatsu, Kikuji lo acercó a su rodilla y lo observó.

—¿Traigo el Shino, entonces? ,""!\*>:

>v —Yo lo haré. —Fumiko se puso de pie. ■ ■ ■ - - - -

« Colocaron el Shino y el Karatsu uno al lado del otro. Sus miradas se encontraron y volvieron a recaer en los tazones.

—De un hombre y de una mujer —Kikuji hablaba un tanto confundido—. Cuando uno los ve uno al lado del otro.

Fumiko asintió, como si fuera incapaz de hablar.

Para Kikuji también las palabras tenían un tono extraño.

El tazón Karatsu no estaba decorado. Era verdusco, con un toque azafrán y un toque carmesí también. Se hinchaba poderosamente hacia la base. ;,

"■■■" <sup>10</sup> Porcelana Kyushu de origen coreano. i(i; - -p,■■■"- ■>

; : —Éste era el preferido; su padre lo llevaba con él en los viajes. Es muy parecido a su padre.

Kikuji pareció no percibir el peligro en la acotación.

Kikuji no pudo recomponerse para decir que el tazón Shino era como su madre. Pero los dos tazones ante ellos eran como las almas del padre de Kikuji y de la madre de Fumiko.

Los tazones de té, de trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, estaban enteros y sanos y no evocaban pensamientos mórbidos. La vida, sin embargo, parecía extenderse tensa por encima de ellos, de una manera casi sensual.

Al ver a su padre y a la madre de Fumiko en los tazones, Kikuji sintió que habían reunido dos bellos fantasmas y los habían colocado uno al lado del otro.

Los tazones de té estaban aquí, presentes, y la realidad presente de Kikuji y Fumiko, enfrentados a través de los tazones, parecía inmaculada también.

Kikuji le había dicho, el día después de las ceremonias realizadas al séptimo día de la muerte de su madre, que existía algo terrible en estar con ella, mirándola. ¿Se habían desvanecido la culpa y el temor por el contacto con los tazones?

—Hermoso —dijo Kikuji, como si hablara para sí mismo—. No estaba en la naturaleza de mi padre jugar con los tazones de té y, sin embargo, lo hizo. Y quizás amortiguaron su sensación de culpa.

—¿Cómo dice?

—Cuando uno ve el tazón, se olvida de los defectos del antiguo dueño. La vida de mi padre fue sólo una pequeña parte de la vida de un tazón de té.

■<Cí.v< —Muerte, a los pies de una. Me atemoriza. He intentado tantas cosas. He intentado pensar que con la muerte cerca no puedo estar por siempre absorbida por la muerte de mi madre.

—Cuando uno está absorbido por la muerte, comienza a sentir que ya no está más en este mundo.

La mucama apareció con la tetera y otros utensilios para el té.

Evidentemente ella había concluido que, después de tanto tiempo en la casita, necesitaban agua para el té.

Kikuji le sugirió a Fumiko que utilizaran el Shino y el Karatsu como si ellos mismos estuvieran realizando un viaje.

Fumiko simplemente asintió.

—¿Podría utilizar el Shino por última vez antes de romperlo? —Tomó el batidor de té de la caja y fue a lavarlo.

El largo día de verano era aún brillante.

—Como en un viaje —dijo Fumiko, haciendo girar el pequeño batidor en el pequeño tazón.

—De viaje y, ¿estamos en una posada?

—No tiene por qué ser una posada. A orillas de un río o en la cima de una montaña. Quizás agua fría hubiera sido mejor para hacernos pensar en las montañas. —Mientras levantaba el batidor de té, sus ojos casi negros se elevaron y durante un instante se posaron en Kikuji. Luego, bajó la vista al Karatsu, al cual hizo girar en la palma de una de sus manos.

Los ojos se movían hacia adelante con el tazón, delante de la rodilla de Kikuji.

Él sintió que ella podía fluir hacia él. ' licuando comenzó a hacer el té en el Shino de su madre, el batidor crujió contra el tazón. Se detuvo. —Es muy difícil.

—Debe de ser difícil en un tazón tan pequeño —dijo Kikuji. Pero el problema era que las manos de Fumiko temblaban.

Una vez que se hubo detenido ya no hizo mover el batidor nuevamente.

Fumiko se quedó sentada con la cabeza inclinada, los ojos en la tensa muñeca. —Madre no me lo permite.

—¿Qué?! —Kikuji se incorporó y la tomó por los hombros, como si le arrancara las redes de un hechizo.

No hubo resistencia. - ' ■ » . > . ? i j.

' » i1 < i JI >  
f v ■ f\*  
o ■ t " t . > ';

Sin poder dormir, Kikuji esperó que la luz se filtrara por las rajaduras de las persianas, y salió a la casita del jardín.

El Shino roto yacía en los escalones de piedra delante del cuenco de piedra.

Reunió cuatro pedazos para formar un tazón. Una pieza del borde, lo bastante grande como para permitir que entrara su dedo índice, se había perdido.

Preguntándose si estaría en alguna parte en el sue-

lo, comenzó a buscar entre las piedras. De inmediato, se detuvo.

Levantó los ojos. Una gran estrella brillaba a través de los árboles hacia el este.

Hacía años que había visto por última vez el lucero del alba. Se quedó mirándolo y el cielo comenzó a nublarse.

La estrella era aún más grande, brillando a través de la neblina. La luz era como si estuviera empañada por el agua.

Parecía deprimente, en contraste con el vigoroso vacilar de la estrella, estar buscando un tazón roto e intentar armarlo.

Arrojó las piezas al suelo nuevamente.

í

La noche anterior, Fumiko había lanzado el Shino contra la piedra antes de que él hubiera podido detenerla.

Él había protestado.

Pero no había buscado los fragmentos en la sombras, entre las piedras. Había preferido colocar su brazo alrededor de Fumiko, sosteniéndola. Cuando se había echado hacia adelante en el acto de arrojar el Shino, pareció que ella misma iba a caer contra las piedras.

—Hay piezas Shino mucho mejores —murmuró.

¿Aún se sentía triste ante la idea de que Kikuji pudiera compararlo con una pieza Shino que fuera mejor?

Yacía sin poder dormir y el eco de sus palabras llegaba hasta él, más intensamente nítidas en el recuerdo. •■-., Esperando que llegara la luz del día, salió a buscar



fe

los fragmentos. Luego, al ver el lucero, los arrojó al suelo de nuevo. Y al levantar la vista al cielo, lanzó una protesta.

No había lucero. En el breve momento que sus ojos estaban sobre los fragmentos deshechos, el lucero del alba había desaparecido entre las nubes.

Observó el cielo al oriente durante un rato, como para recuperar algo robado.

Las nubes no eran densas, pero no podía decir dónde estaba el lucero. Las nubes se dispersaron cerca del horizonte. El tenue rojo se hizo más profundo en donde tocaban los tejados de las casas.

—No puedo simplemente dejarlos —dijo en voz alta. Recogió los fragmentos de nuevo, y los colocó en la manga de su kimono de noche.

Sería triste dejarlos allí. Y, además, Kurimoto Chikako podía aparecer de visita.

Pensó en enterrar el tazón detrás del cuenco de piedra, puesto que Fumiko lo había roto allí en un momento de obvia desesperación. En cambio, envolvió los fragmentos en papel, los colocó en un cajón y regresó a la cama.

¿Con qué había ella temido tanto que él comparara el Shino?

¿Y por qué esa posibilidad la preocupaba tanto? Kikuji no podía pensar en razón alguna.

Ahora, más que la tarde anterior, no podía pensar en nadie con quien compararla a ella. Se había vuelto absoluta, más allá de toda comparación. Se había vuelto decisión y destino. , Siempre antes, había sido la hija de la señora Ota.

Ahora, él había olvidado —la idea casi lo había abandonado— que el cuerpo de la madre era de alguna manera sutil transferido a la hija para tentarlo con extrañas fantasías.

Por fin se había abierto camino y había traspasado la oscura y espantosa cortina.

¿La brecha de su pureza lo había rescatado?

No había habido resistencia por parte de Fumiko, sólo por parte de la misma pureza.

Ese hecho, uno podía pensar, decía cuan profundo él se había hundido en la trama del hechizo, cuan completa era la parálisis. Pero Kikuji sentía lo contrario, que había escapado al hechizo y a la parálisis. Era como si un adicto hubiera quedado libre de su adicción tomando la última dosis de una droga.

Kikuji llamó a Fumiko por teléfono desde la oficina. Ella trabajaba para un mayorista de lanas en Kanda.

No estaba en el trabajo. Kikuji se había marchado insomne de su casa. ¿Fumiko había caído en un profundo sueño quizás al amanecer? ¿O, avergonzada, se había encerrado por el día?

Por la tarde, tampoco estaba en el trabajo y él preguntó en dónde vivía.

Su nueva dirección estaba en la carta del día anterior, pero Fumiko había desgarrado el sobre y había colocado todos los pedacitos en su bolsillo. Durante la cena habían hablado del trabajo y él recordaba el nombre de la empresa. No le había preguntado en dónde vivía. Era como si su residencia fuera el mismo Kikuji.

De regreso a casa, buscó la pensión. Se hallaba detrás del parque Ueno.

Fumiko no estaba allí.

Una niña de doce o trece años que recién regresaba de la escuela, a juzgar por su uniforme escolar, apareció en la puerta y entró nuevamente.

—La señorita Ota no está. Dijo que se marchaba con una amiga.

—¿Se marchaba? ¿Se fue de viaje? ¿Y a dónde dijo que iba?

La niña entró de nuevo y esta vez no apareció en la puerta.

—Realmente no lo sé. Mi madre no está. —Parecía temer a Kikuji. Tenía cejas delgadas.

Kikuji se dio vuelta para mirar mientras salía por el portón, pero no podía darse cuenta de cuál era la habitación de Fumiko. Era una casa bastante decente de dos plantas con un pequeño jardín.

Ella había dicho que la muerte estaba a sus pies. Los propios pies de Kikuji se pusieron fríos de repente.

Se limpió la cara con un pañuelo. La sangre parecía desvanecerse al pasar el pañuelo y lo pasó con más fuerza. El pañuelo estaba húmedo y oscuro. Sintió un sudor frío en la espalda.

—No tenía razón para morir —murmuró.

No había razón para que Fumiko muriera. Fumiko, que lo había vuelto a la vida.

¿Pero había sido su manera simple y franca de la noche anterior la manera franca de la muerte?

¿Ella, igual que su madre, había sido atravesada por la culpa y había temido la franqueza?

—Sólo queda Kurimoto. Y como si escupiera todo el veneno acumulado en contra de la mujer que era su enemiga, Kikuji se apresuró en las sombras del parque.

«¿ í ' ) í ' íV. y\*í d'íl.jiá.' " > , " -S.

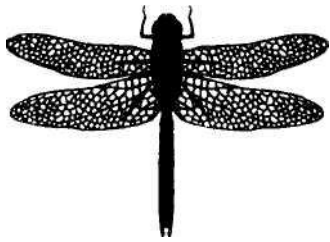
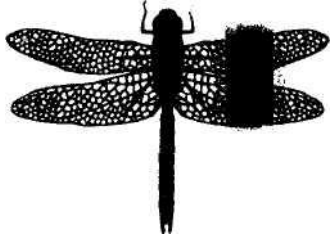
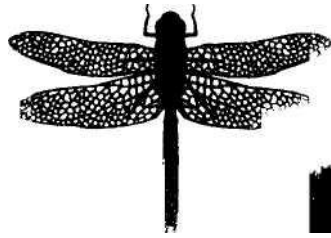
t "i-q ; s •• -, -«. .í; r ^ t ta¿i<

'» V ' , . f f \* ^ ! ■ > . i . i 4 ' .  
s í , \* , \*

f\* ' ^ i , \* - r .

. »V <f

, n r " » ■ / »



que decoran el altar estético. Es el refinado mundo de la ciudad de Kamakura, son los entornos del templo zen Engakuji.

El recuerdo de una muchacha hermosa reaparecerá a lo largo del relato en la imagen de las mil grullas de su pañuelo, en contraste con la presencia de la madre y la hija, que serán amantes del protagonista. Desde el principio ya se dibuja un triángulo de mujeres que el protagonista ve de espaldas al ingresar en el recinto ceremonial. Se sucederán sin fin: la madre del joven Kikuji, desdibujada; Chikako, la mujer de la mancha en el pecho, amante del padre de Kikuji, manipuladora que se apropia de la ceremonia y de los objetos que han pasado de mano en mano; la señora Ota, frágil carnalidad que enlaza dos generaciones de hombres; Fumiko, evanescente y en quien se continúa el karma amoroso de la madre, y Yukiko, la joven de quien sólo se dice que es bella pues su gusto exquisito —la elección del diseño de su pañuelo y un bordado de lirios en su cinto— la califican sin necesidad de ninguna descripción. Todas serán vértices de

~~sucesivas combinaciones que se irán sucediendo~~